

André Maurois

Ariel o la vida de Shelley

(Continuación)



UANDO Mme. Boinville invitó a Shelley y Hogg a pasar algunos días en el campo, ambos aceptaron con placer. Encontraron allí a su hija Cornelia, mujer bonita, melancólica y culta, y su hermana Mrs. Newton. Shelley volvió a sentir las deliciosas impresiones de otras temporadas. Llamaba a Mme. de Boinville «Meimouné», porque, como la heroína de su poema favorito:

Tenia el rostro de una joven
Aunque sus cabellos fueran grises.

La hermosa Cornelia le daba lecciones de italiano y Mme. de Boinville exponía con su voz pura la indulgente doctrina de los filósofos franceses: «goza y haz gozar, sin causar daño a nadie», he ahí toda la moral»; esta frase de Chamfort, tema favorito de Mme. de Boinville, habría debido indignar a Shelley. La pobre Harriet nunca había dicho nada tan contrario a la virtud.

En Braknell las diversiones mismas le parecían agradables a Shelley, porque hasta los juegos estaban impregnados de filosofía. Cornelia acostumbraba leer y con frecuencia aprendía de memoria un soneto de Petrarca. Y todo el día meditaba y se nutría del soneto. Al darle los buenos días, Hogg y Shelley preguntábanle cuál era el soneto de la mañana. A veces el poema le parecía demasiado conmovedor para atreverse a recitarlo en voz alta: entonces habría el pequeño Petrarca de bolsillo que no le faltaba nunca y señalaba con el dedo el pasaje. Luego, paseando entre los dos jóvenes por las avenidas del parque, comentaba el texto amoroso con elocuencia y sencillez.

«Es bueno—decía—comenzar el día con una dosis de ternura que perfume los actos hasta el anochecer».

Esos paseos, esas discusiones sobre los únicos temas que le parecían importantes y reales, esa casa a la vez opulenta y simple, cuya perfección le encantaba sin que le chocara su lujo, todo contribuía a hacer de Bracknell para Shelley un sitio de reposo y encantamiento. Harriet fué invitada; Mme. de Boinville la recibió condescendiente y bondadosa.

—Es una personita lindísima—declaró a Hogg.—Me parece algo frívola para nuestro delicioso estoico; pero ¿no tiene 18 años?

Por desdicha Harriet advirtió que no la trataban de igual a igual; vió que a Shelley gustaba más discutir con Cornelia sobre Petrarca que con su mujer los medios de aumentar los gastos de la casa; por reacción contra un ambiente que

sentía confusamente hostil, bajo su aparente benevolencia, mostróse insesible y sarcástica. En los momentos más solemnes, cuando los otros hablaban de liberación y de virtud, su marido la veía cambiar sonrisas burlonas con Hogg y Peacock, nuevo amigo escéptico que habían descubierto hacía poco.

Shelley soportaba la ironía de Hogg; pero la de su mujer lo irritaba. El espíritu de Hogg era un universo diferente del suyo y él lo admitía como diferente. El de Harriet era su obra; él la había formado, educado, cultivado; estaba hecho a sentirla como un eco suyo. Al descubrir de pronto que esa parte de sí mismo se había despegado y a veces sonreía escuchándolo; sintióse horriblemente triste.

Nada presenta más la apariencia de la tontería que los celos inconfesados. En vez de atacar francamente al adversario, lo que sería natural y aun conmovedor, se critican con acritud palabras inofensivas, acciones banales y lo que es en realidad un sentimiento vivo y legítimo toma así el aspecto de una mezquindad insoportable. Harriet lo encontraba todo mal en Blacknell, porque estaba justamente celosa de Cornelia Turner. Pero Shelley, que atribuía su aire burlón y sus pullas vulgares a una increíble puerilidad, le demostró una frialdad despreciativa.

Inmediatamente, por soberbia, Harriet acentuó su actitud. «Eliza tiene razón —pensaba— es egoísta y se cree admirable... Porque le gustan la vida retirada, las discusiones inútiles y los poemas italianos querría imponérmelos. ¿Con qué derecho me prohíbe tener mis gustos personales? ¿Por qué la vida de una Cornelia que lee a Petrarca sería superior a la mía? Esas mujeres a quienes tanto admira son menos jóvenes y menos bonitas que yo... Muy luego sentiría mi ausencia...»

Anunció la intención de reunirse con Eliza en Londres. Sólo insistieron para retenerla lo que exigía la política.

—El pobre Shelley—pensaban las señoras Boinville—no tiene la mujer que necesitaria.

Tomó, pues, la costumbre de dejarlo en Bracknell y de pasar largas temporadas en Londres. Muy luego amigos oficiosos le contaron que la veían muy seguido con el Mayor Ryan.

Por vez primera, después de su matrimonio, ocurriósele a Shelley la idea de la infidelidad. Era un tema que siempre había considerado con el mayor desprecio, en abstracto. Al pensar bruscamente en Harriet y él como personajes posibles de esa tragedia experimentó el más violento dolor.

La razón le decía que debía sentirse feliz de librarse de una mujer mediocre. Si experimentaba amor ¿no era más bien hacia la deliciosa Cornelia Turner que hacia Harriet, cuya rencorosa vulgaridad lo había irritado tanto en Bracknell? Y si no la amaba ya ¿no era la ruptura la más simple de las soluciones? ¿No enseñaba él que cuando el amor se extingue cada esposo debe recuperar su libertad? Pero en vano se repetía esos argumentos tan razonables. Descubría con estupor que Harriet Westbrook y Percy Shelley no eran ya dos seres aislados y libres. Parecía que los recuerdos, las caricias, los sufrimientos los hubieran envuelto

en una red invisible y carnal que resistía dolorosamente a los esfuerzos por romperla.

Acudió a Londres resuelto a acusarse y excusarse. Pero encontró a Harriet rígida e irónica, impenetrable a toda conversación íntima. Semejante cambio le pareció fatal.

Esa niña suave, obediente y dulce tres meses atrás se había puesto seca y alta-nera. Por momentos, Shelley creía divisar detrás de la máscara de orgullo una imagen fugitiva de la antigua Harriet; pero si insinuaba entonces una frase tierna estrellábase contra la fría coraza.

Errando al azar por las calles de Londres, pensaba:—¡Qué loco he sido! Unirme para siempre a una mujer que no me ama, que no me ha amado nunca... Ahora veo claro que se casó conmigo por mi fortuna y mi título. Ve sus esperanzas perdidas y me hace pagar sus decepciones...—Y repelía interiormente:—Un corazón como un bloque de hielo... como un bloque de hielo...

Acaso si se hubieran hallado solos habría logrado recuperarla; pero entre ellos alzabase Eliza, hostil, formidable, y el galante mayor Ryan entre bastidores, siempre listo para compadecerla por las injusticias de un marido doctrinario.

Después de algunos días de lucha, el ardor de Shelley se extinguió bruscamente. Era capaz de accesos de energía moral en que nada le parecía imposible; pero lo mismo que, en Oxford, después de sus paseos caía en invencible modorra, su voluntad moribunda semejaba una llama que lanza un resplandor prodigioso antes de desaparecer.

Cuando vió que Harriet seguía insensible, abandonó todas las esperanzas de salvar los restos de su hogar y anunció que se iría a Bracknell, solo, por un mes. Comprendía que después de tal ausencia la habría de hallar completamente transformada por su abominable ambiente, esperaba que después del delicioso intermedio campesino sobrevendría la catástrofe; pero se sintió demasiado débil para seguir luchando.

«No soy—decía—sino un insecto que se calienta un poco jugando en un rayo de sol; la próxima nube me precipitará para siempre en el infierno y en el frío». Y recitaba melancólico la estrofa de Burns:

La dicha se parece a las flores de los campos
que mueren en las manos que las cogen,
o bien a la nieve de los prados,
un momento blancas, luego inexistentes...

Parecíale que en la cristalina mansión de su pensamiento, Harriet, su hija y Eliza habían caído como trozos de materia viva y rebelde. En vano, con todas las fuerzas de la lógica, quería arrancarlas: la pesada realidad quebrábale esas armas ligeras.

XVI

A veces, pensando en el lindo, pueril rostro de su mujer de 18 años, creía Shelley que aun sería posible reconquistarla y en un poema melancólico expresó con ternura este pensamiento. ¿Lo advirtió ella? Él no lo supo. Encerrada cada vez más en su misterio hostil, cuando él regresó a Londres, partió ella para Bath.

El hubo de quedarse en Londres, esperando los 21 años, con el temor de que su familia quisiera quitarle sus derechos. Además, aunque cargado de deudas, empeñábase en pagar las de los otros y le parecía indispensable socorrer a Godwin, que necesitaba tres mil libras para no quebrar. ¿Cómo conseguir las? En cuanto se había planteado este problema, el filósofo demostró de nuevo vivo interés por Shelley y lo inviló con mayor frecuencia a su casa.

El joven aceptó, pues esperaba trabar conocimiento con la hija mayor de Godwin, Mary Wollstonecraft, que regresaría de Escocia. Godwin se la retrataba con caracteres seductores: diecisiete años, inteligencia activa y aguda, gran deseo de aprender, una perseverancia invencible. Ya Fanny y Jane se la habían descrito en parecidos términos, declarándola igual a su madre, la primera mujer de Godwin: Mary Wollstonecraft inspiraba a Shelley grande admiración y sentíase emocionado ante la proximidad de la desconocida.

Experimentaba la necesidad de encarnar en un bello rostro las fuerzas misteriosas y benévolas que creía esparcidas en el universo: el amor era para él una admiración apasionada, un acto de fe total, una mezcla exquisita y perfecta de inteligencia y sensualidad.

Si Mary no hubiera sobrevenido, o si lo hubiera decepcionado, sin duda aquel sentimiento suyo se habría dirigido a Fanny o acaso a Jane; pero Mary resultó la que él aguardaba.

Tenía el rostro puro, fino y pálido, los cabellos blondos peinados en bandós, alta la frente, los ojos oscuros, graves, dulces. En aire de inteligencia dolorosa, de valor y orgullo, inspiró inmediatamente a Shelley el entusiasmo que le producían la lectura de Homero y Plutarco. Parecíale descubrir algo de heroico en esa niña delicada y la mezcla de feminidad y heroísmo era lo que más lo conmovía.

«Cuánta seriedad y cuánta emoción» pensaba él, escuchando extático la voz juvenil. Una muchacha bella y pensadora, a esa edad deliciosa en que se juntan la gracia de la mujer y la ardiente curiosidad intelectual del efebo, constituían para él la obra de arte más exquisita. Inmediatamente experimentaba el deseo de hacer brillar esos ojos ávidos con la sorprendente visión de una aérea cabalgata a través de la metafísica. Harriet Westbrook realizaba imperfectamente su ideal. Un instante pudo forjarse la ilusión de que reunía ese encanto de la belleza y la inteligencia. Pero Harriet no resistió a la difícil prueba del tiempo. Le faltaba fondo: aun cuando fingía interesarse por las ideas, el vacío de su mirar la denunciaba. Era coqueta, frívola, hábil en pequeñas intrigas propias de mujeres y ello solo habría bastado para helar el entusiasmo de Shelley.

Mary, con sus ojos de avellana, era fina y recta como una espada. Educada por el autor de la Justicia Política, carecía de toda superstición y la nitidez aguda de su acento lo revelaba con elegancia. Todas las noches, comiendo en la casita de la calle Skinener, Shelley pasaba las horas contemplando su rostro. Hacía ademán de oír a Godwin que exponía el lamentable estado de sus negocios, discutía los presupuestos de Inglaterra o las leyes sobre la prensa; pero los ojos se le iban sin cesar.

También ella estaba pronta para amarlo. Sus hermanas habían preparado románticamente el camino con sus cartas en que no le hablaban sino del bello poeta y las descripciones resultaron inferiores a la realidad.

Lo encontró más admirable aún y encantador de lo que le habían dicho y vió en el acto que ella le interesaba. Aun cuando nunca se quejara, lo sintió triste. Una noche, solos en presencia del retrato de su madre, Mary le habló de sus pesares íntimos. Adoraba a su padre, pero odiaba a su madrastra. Y a causa de ella la casa se le había hecho aborrecible. El único sitio del mundo donde se encontraba libre y protegida era la tumba de su madre y allá iba a leer y a meditar. Shelley, muy emocionado le pidió permiso para acompañarla.

Así, al cabo de cinco años, encontróse de nuevo en el cementerio con una virgen seria y apasionada. Una vez más lo divino encarnaba en una mujer. Pero ¡ay! Shelley ya no era libre. Sentíase atraído hacia ella por una fuerza irresistible, deseaba tomarle la mano y besarle la boca de arco fino y perfecto; pensaba que ella abrigaría iguales deseos y sus ojos se apartaban. ¿Qué podía ofrecerle él? Era casado. Sin duda el matrimonio le parecía un simple convencionalismo y, no amando ya, debía disolverse. Nunca prometió otra cosa a Harriet; por lo demás, la creía en amores con el Mayor Ryan y no experimentaba escrúpulos. Pero siendo su matrimonio legalmente indisoluble ¿qué podía ofrecer a Mary? ¿Podía aceptar para ella la vida que rehusó imponer antaño a Harriet?

Sin embargo, un amor compartido, aunque sin esperanza, valía más que la duda y la soledad del alma. Resolvió decir a Mary la verdad de su matrimonio. El amor conyugal, aun moribundo, se defiende largo tiempo contra el destino con una coraza de silencio. Un día llega en que el hombre experimenta la dolorosa alegría de mostrar sus llagas. Shelley describió a Harriet tal como ahora la veía y por una involuntaria trasposición dió a sus decepciones motivos de orden espiritual. Necesitaba una compañera capaz de comprender la poesía y la ciencia; Harriet era incapaz de lo uno y lo otro.

Dió a Mary un ejemplar de *La Reina Mab*. El volumen estaba dedicado a Harriet, inspiradora de sus cantos. Bajo la dedicatoria impresa, escribió:

«El Conde de Slobendorf estaba a punto de casarse con una mujer que, atraída solo por su fortuna, probó su egoísmo abandonándolo en su prisión.»

Mary, al regresar a su casa con el presente, agregó:

«Este libro es sagrado para mí, nadie más lo abrirá para que yo pueda escribir en él lo que me plazca. Pero ¿qué diré? Que amo al autor más allá de lo que puedo expresar y que todo me separa de él, mi único y más ardiente amor. Por

este amor que nos hemos consagrado, no puedo ser de tí, no puedo ser de otro, pero soy tuya, exclusivamente tuya...

Por el mudo beso, la mirada invisible,
la sonrisa oculta a los demás...
Me he consagrado a tí y este don es sagrado...

Esas miradas que nadie más vería, esas sonrisas que no comprenderán los demás, Godwin sin embargo les había visto y adivinado. La intriga de su hija con un hombre que no era soltero le pareció inquietante. Le mostró el peligro y le rogó que no viera más a Shelley. A él le escribió en el mismo sentido, pidióle que se reconciliara con su mujer y que no volviera hasta una vez calmadas sus pasiones.

Esta prohibición, benévola sin embargo, desencadenó acontecimiento que, de otro modo, talvez se habrían hecho esperar. Shelley, apasionadamente enamorado de Mary, decidió huir con ella. No tenía ningún remordimiento por causa de Harriet a quien, a pesar de las afirmaciones de Peacock y Hogg, persistía en creer culpable: «Una sola cosa le interesa—decía—el dinero... Arreglaré su situación en este punto y se sentirá feliz de recuperar su libertad». La llamó a Londres para notificárselo. Acudió; estaba en cinta de cuatro meses. Cuando su marido le anunció, con calma y bondad, su propósito, diciéndole que siempre seguirían siendo amigos, cayó peligrosamente enferma.

Shelley la cuidó con una abnegación que la hizo aun más desdichada. En cuanto la vió restablecida, siguió inflexible sus racionamientos. «La unión de los sexos es santa mientras contribuye a la dicha de los cónyuges y queda disuelta en cuanto los males superan a los bienes. La constancia no tiene nada de virtud por sí misma; participa aun del vicio cuando tolera defectos a veces considerables en el ser elegido.

Cuando él desplegaba en torno suyo esa red inflexible, transparente e infranqueable, Harriet sentíase perdida. Como antes, cuando había querido defenderse contra sus argumentos anti-religiosos, ahora se encontraba débil e incapaz. Presentía que había una respuesta, que ese inmenso dolor, esa angustia, esa mezcla de amor y de honor tenían una palabra y la habría hallado con el espíritu más sereno; pero no lo encontró nunca. Parecíale debatirse en medio de murallas invisibles y aplastantes.

Para desahogarse lanzaba terribles injurias contra Mary, culpándola de haberlo maquinado todo, de haberle quitado a Shelley, especulando con su amor al romanticismo, arrastrándolo a esas citas en la tumba de su madre, cuya memoria profanaba.

Mary por su parte se había forjado una imagen odiosa de Harriet. Una mujer que había tenido la suerte de casarse con Shelley y que era incapaz de hacerlo feliz tenía que ser forzosamente egoísta, fútil y mediocre. Sabía que él la trataría generosamente, que preparaba una donación en favor suyo, que ordenaría a su banquero pagarle mayor parte de su pensión y ello le tranquilizaba la conciencia. «Tendrá dinero y quedará contenta» pensaba con desprecio.

Shelley, nervioso, agitado, cuando veía a Harriet caer en accesos de desesperación conmovedores y torpes no podía olvidar un pasado encantador. Al volver junto a Mary la adoraba por gracia grave. A fin de calmarse, comenzó a tomar láudano en dosis cada vez mayores. Repetía a sus amigos el verso de Sófocles:

No haber nacido eso se llama
ganar la partida; pero una vez en el mundo
el mejor camino, con mucho, que puede tomarse
es volverse lo más luego posible
al sitio de partida.

XVII

La silla de posta estaba pedida para las cuatro de la mañana; Shelley veló toda la noche frente a la casa de los Godwin. Al fin palidieron las estrellas y las lámparas. Mary, vestida de viaje, entreabrió sin ruido la puerta. Jane Clairmont que a última hora resolvió partir con su hermana, preparaba las maletas en silencio.

El viaje fatigó mucho a Mary; pero Shelley no se atrevió a detenerse temiendo la persecución de Godwin. Por último, a las cuatro de la tarde, llegaron a Douvres y, tras algunas discusiones con los empleados de la Aduana, consiguieron una pequeña embarcación para Calais.

Bella la tarde; las blancas rocas de la costa disminuían lentamente; los fugitivos se sintieron salvos. Luego se levantó la brisa, infláronse las velas y corrieron por el mar. Mary, muy enferma, pasó la noche sobre las rodillas de Shelley, que la sostenía con dificultad. Descendió lentamente la luna sobre el horizonte; después, en la total obscuridad, estalló una tormenta y los relámpagos iluminaban a trechos el mar. Apareció por fin la aurora, calmóse el viento y los fugitivos vieron salir el sol en la costa de Francia.

En las calles de Calais, la alegre agitación del puerto, la lengua extranjera, las costumbres pintorescas de los pescadores reanimaron un poco a Mary. Pasaron el día en la posada, porque había que esperar las maletas. Con ellas llegó Mr. Godwin y sus anteojos verdes. La gorda señora esperaba llevarse por lo menos a Jane; pero la elocuencia de Shelley la venció y hubo de regresar sola. A las seis los viajeros se encaminaron a Boulogne.

. . .

He aquí, pues, a Shelley con su nueva esposa peregrinando por los caminos de Francia. Se notará que en estas escapadas románticas no puede prescindir de la hermana de la bien amada.

En 1814 los caminos de Francia no ofrecían mucha seguridad. Soldados

merodeadores desvalijan a los viajeros. Para llegar a Suiza, Shelley compra un burrito tan pequeño que, a veces, con Jane, tenían que llevarlo de la brida.

Quiso fijar su residencia en Brunnen, sobre el lago de los Cuatro Cantones, cerca de la capilla de Guillermo Tell, defensor de la libertad; pero al cabo de dos días una terrible nostalgia lo oprime y levanta su tienda. Por Lucerna, Bale, Colonia y Rotterdam, a pie cuando carecen de dinero, en diligencia o barca, vuelven a Londres.

Godwin cierra su puerta al trío: encuentra que Shelley aplica demasiado bien los principios de la Justicia Política. Harriet, la esposa legítima, contrae deudas y forma escenas a Shelley. Le da, además, un segundo hijo... Jane decide llamarse en adelante Clara; lo encuentra más bonito. Como Eliza, corteja púdica y misteriosamente a Shelley... Estos amores de hermanas parecen obedecer a un ritmo... Hogg, el inmoral y encantador Hogg, es admitido de nuevo en el hogar de su amigo... El dinero falta siempre. La prisión por deudas amenaza a Shelley.

XVIII

En Enero de 1815, esta existencia difícil se vió trasformada por un acontecimiento largo tiempo esperado: el viejo sir Bysshe murió a los 83 años de edad. Mr. Timothy heredó el título de baronet y Shelley se convirtió en el inmediato heredero.

Partió para la casa de su padre, seguido de Clara. La dejó en la ciudad y se presentó solo en casa de su padre. Sir Timothy, inflado con su nuevo título y más furioso que nunca de que un baronet pudiera tener hijo semejante, le hizo cerrar la puerta por un lacayo. Shelley se sentó en las gradas del umbral y se puso a leer a Milton, en espera de noticias. Luego salió el doctor para decirle que su padre estaba muy ofendido, luego Sydney Shelley visitó a su vez furtivamente al hijo maldito para darle detalles sobre el testamento.

Era un documento extraordinario. La idea fija del viejo era constituir una enorme fortuna hereditaria y acrecentar el mayorazgo en todo lo posible. Dejaba doscientas cuarenta mil libras, de las cuales ochenta mil pertenecían necesariamente a Percy una vez muerto sir Timothy. El resto quedaba libre. Pero sir Bysshe deseaba que se uniera a las ochenta mil para formar un bloque enorme trasmisible de primogénito en primogénito a los barones Shelleys del Porvenir. Para ello se necesitaba el consentimiento y la firma de su nieto y había esperado comprarlas de la siguiente manera: si Shelley consentía en prolongar el mayorazgo tendría el usufructo de toda la fortuna; en caso contrario sólo heredaría (después de la muerte de su padre) las ochenta mil libras que no le podían quitar.

Shelley regresó a Londres meditando sobre esta extraña situación y para discutirla con su abogado. Estimaba que no debía cooperar a la prolongación del mayorazgo, puesto que desaprobaba toda esa legislación plutocrática; por lo demás no quería para él ni para sus hijos el goce de una inmensa fortuna. Lo que deseaba era tener inmediatamente una renta para vivir según sus gustos y una pequeña suma

para sus deudas. Propuso a su padre la venta de sus derechos por una pensión que se le pagaría en el acto. Esta combinación gustó a sir Timothy que, perdida toda esperanza de regenerar a Percy, sólo pensaba en su segundo hijo; por desgracia los abogados no creyeron posible la transacción a causa de los términos del testamento. Autorizaron solamente la reventa por Shelley a su padre de una herencia de un tío abuelo, mediante la cual Shelley quedó en posesión de mil libras anuales. No era la gran fortuna, pero era el término de la miseria, de las piezas amobladas y las amenazas de la justicia.

Su primer pensamiento fué poner una pensión a Harriet. Le prometió doscientas libras anuales que, agregadas a lo que le daría su padre, bastarían para su sostenimiento. Luego quiso pagar las deudas de Godwin y empeñó en ello todo el primer año de sus entradas.

Su venerable amigo encontró que mil libras eran mucho menos de lo que esperaba. A su juicio nada más fácil que obtener, con la garantía de una herencia próxima, los varios miles que necesitaba su empresa editorial para ponerse al día. Shelley, exasperado, pero político, demostró una imperceptible indignación viendo al padre de Mary escribirle al raptor de su hija para pedirle dinero y negarse al mismo tiempo a mantener con ellos toda otra clase de relaciones. A lo que Godwin repuso que justamente por que le pedía dinero no podía recibir a Mary: su dignidad se oponía. No quería exponerse a que el mundo dijera que había vendido el honor de su familia para pagar sus deudas. Tan exigente se demostró en sus escrúpulos que devolvió a Shelley un cheque a su nombre, observándole que esos dos apellidos, Godwin y Shelley, no podían figurar juntos en el mismo documento. Que Shelley girara a la orden de Mr. Smith o Mr. Hume y entonces él, Godwin, podría cobrarlo.

XIX

El hijo de Mary nació antes de tiempo y los médicos dijeron que no viviría. Su padre veló entre la cuna y el lecho, en compañía de Séneca y Tito Livio. Fanny les llevó una camisita de parte de Mrs. Godwin; pero el filósofo permaneció inflexible. Hogg acudió a charlar, a comentar la gran noticia del día, el retorno de la isla de Elba, y animó a Mary con su buen sentido irónico. Acompañada siempre de Shelley, y todavía afebrada, solía experimentar la impresión suave y algo aterrante de evadirse de la tierra y de la vida. Hogg era más sólido.

A pesar de las predicciones, el niño creció, vivió un mes y cuando comenzaban a estar tranquilos, una mañana, al despertar, lo hallaron muerto.

Shelley y Clara seguían vagando por Londres: Mary quedábase sola en casa, cosiendo y pensando en su hijito. «Era madre y ya no lo soy» decía y en la noche soñaba que el niño no había muerto y que, friccionándolo, conseguían reanimarlo. Despertaba: la cuna estaba vacía. Se escuchaban en la calle rumores y gritos de muchedumbres agitadas. Eran tiempos de conmociones populares y de Francia llegaban amenazas de guerra. Mary tenía siempre un velo de lágrimas sobre los ojos.

La presencia de Clara en la casa la molestaba cada día más. Estaba segura de

que Clara había amado siempre a Shelley y seguía amándolo. La lealtad de Percy le parecía evidente y su moralidad más angélica que humana; pero encontraba natural leer a Petrarca en compañía de una joven apasionada y velar noches enteras a su lado. «Es que—pensaba—mi encantador Shelley conoce más a los elfos que a las mujeres».

De noche, sola con él, confesábale sus celos. Él no comprendía bien tal sentimiento, que juzgaba bajo y que disminuía a su divina Mary. Pensaba que su capacidad de amar no tenía límites y no quitaba nada a su amante con proteger a Clara. La compañía de aquel ser brillante y salvaje le gustaba mucho; pero al cabo hubo de reconocer que la atmósfera de su triple hogar se ponía irrespirable.

Mary le suplicó que alejara a Clara, a quien daba siempre el nombre de «su amiga». Le buscaron mucho tiempo un puesto de institutriz o dama de compañía; pero la extraña reputación que les había dado su fuga a Francia dificultaba toda colocación.

Por lo demás, Clara no se empeñaba mucho en irse. Complaciase en esa intimidad intelectual y esperaba sin pavor sus necesarias consecuencias. Por fin la dulce firmeza de Mary venció y quedó resuelto que Clara se iría adonde una viuda, amiga de Godwin.

Diario de Mary.—No muy contenta.—Después de almuerzo, lectura de Spencer. Shelley sale con su amiga. Vuelve. Traducción de Ovidio: 90 líneas. Llega Hogg; le leo mi Ovidio. Shelley y la dama salen. Después del té, última conversación de Shelley y su amiga.

Sábado.—Clara parte, Shelley la acompaña. Hogg viene a las cinco. Inquieta de que Shelley no regrese, salgo a encontrarlo. Llueve. Vuelve a las seis treinta. El asunto está terminado. Lectura de Ovidio. Charles Clairmont nos acompaña a tomar té. Se habla de cuadros. Comienzo otro diario con nuestra regeneración.

• • •

Clara desterrada en el campo gustó algunos días esa gran calma después de un período tempestuoso; pero la muchacha no era para contentarse con la soledad campestre y buscó y encontró luego una razón de vivir.

Los enamorados creen siempre que su amor nace de haber encontrado a un ser excepcional. La verdad nos enseña que el amor preexistente busca por el mundo su objeto y lo crea si no lo halla. Sólo que esta investigación, inconsciente en los tímidos, en la audaz Clara fué enteramente lúcida y cuando comprendió que no le quedaba ninguna esperanza de arrebatarse el marido a su hermana, ni aun de compartirlo con ella, buscó deliberadamente otro héroe a sus sentimientos sin empleo. Sola en el campo, no podía descubrirlo cerca de ella. En situación parecidas, otras escriben a los grandes soldados, a los grandes actores. Era cultivada y buscó un poeta.

No encontró ninguno más digno de ella que Jorge Gordon, lord Byron, entonces el hombre más admirado y más aborrecido de Inglaterra. Sabía de me-

moria sus poemas, que Shelley leía con frecuencia en alta voz con entusiasmo. Sabía la maravillosa historia de aquel día en que Lord Byron, desconocido la víspera, despertó célebre por haber publicado *Childe Harold*, y también la leyenda de vicio, de ingenio, de encanto diabólico y de infernal crueldad formada en torno a su nombre.

La belleza del hombre, la grandeza del título, el genio del escritor, la audacia de las ideas, el escándalo de los amores, todo se juntaba en él para formar al perfecto héroe. Había tenido queridas nobilísimas; la condesa de Oxford, Lady Frances Webster, y esa encantadora Lady Carolina Lamb que, el día de su presentación, escribió:— «Loco, malvado, peligroso». Y luego: «Pero este bello rostro pálido encierra mi destino».

Casado, todo Londres sabía que entrar en la carroza de novios, después de la ceremonia nupcial, había dicho a Lady Byron:— «Sois mi mujer; esto basta para que os odie; si fuerais la de otro os podría amar». Y la trató con tal desprecio, que ella pidió el divorcio al cabo de un año. Los murmuradores de profesión afirmaban que habían descubierto relaciones incestuosas entre Byron y su hermana Augusta. Desde que se echó a correr esa sombría historia las almas timoratas se apartaban de Byron con horror.

Clara amaba las dificultades y tenía confianza en su genio; se procuró la dirección de don Juan y resolvióse tentar suerte:

Clara a Byron

Una extranjera se permite escribirle. No imploro su caridad, porque no la necesito absolutamente; pero tiemblo al pensar en la posible suerte de esta carta. ¿Si Ud. viera en mí una importuna ¿quién podría reprochárselo? Le parecerá tal vez extraño, pero es cierto, no obstante, que mi dicha está en sus manos. Si una mujer de fama inmaculada, que no depende de padre ni marido, se entrega a su discreción, si esta mujer le confiesa, con el corazón palpitante, que lo ama desde hace muchos años, si le garantiza el secreto y la seguridad, si está pronta a pagar su benevolencia con un afecto y una abnegación sin límites ¿la traicionaría Ud. sería mudo como la tumba?... Quiero que me conteste Ud. sin dilación; escríbame a E. Trefusis, Noley, Place, Marylebone.

Don Juan no contestó. La desconocida del estilo pomposo era una flaca presa para el noble Lord. Pero ¿hay algo más tenaz que una mujer cansada de la virtud? Clara atacó por segunda vez: «Se ruega a Lord Byron decir si podrá, hoy a las siete, recibir a una dama que desea comunicarle algo muy importante y que querría ser recibida sola y en el mayor secreto». Lord Byron hizo responder por medio de su criado que no se encontraba en Londres.

Entonces Clara escribió con su propio nombre: quería entrar al teatro, sabía que Lord Byron tenía influencias en Drury Lane y solicitaba un consejo. Esta vez Byron respondió aconsejándole que se dirigiera al director. Sin desalentarse, operó ella un cambio de frente muy ingenioso: no era de teatro sino de literatura

de lo que se trataba: había escrito media novela y deseaba someter a su ensayo a Lord Byron. Como este continuaba silencioso e inaccesible, Clara arriesgó la oferta precisa ante la cual ningún hombre dotado de un poco de amor propio resiste:

Clara a Byron

Puedo parecerle imprudente, viciosa, pero el tiempo le demostrará que lo amo a Ud. con dulzura y constancia y que soy incapaz de astucia y de malos manejos...; Le aseguro a Ud. que su porvenir será para mí idéntico al mío!

¿Tiene algunas objeciones que ponerle al siguiente plan? Salgo con Ud. una noche en diligencia hasta diez o doce millas de Londres. Allí estaremos libres y seremos desconocidos. Ud, regresará al otro día, por la mañana temprano. Arreglaremos las cosas de tal modo que no se sospeche nunca nada. ¿Quiere Ud. admitirme en su vida un momento? ¿Dónde? No me quedará un segundo después que Ud, me haya dicho que parta. Haga Ud. en seguida lo que guste; no me vea más, trátame con dureza; no recordaré sino la gracia que Ud. me habrá otorgado y la salvaje originalidad de su actitud...

Al fin don Juan, fatigado, hostigado por la interminable persecución, resolvió ceder a su conquista. Además al día siguiente se iba en viaje a Suiza e Italia.

XX

Pero don Juan no contaba con la energía de Elvira. Clara resolvió seguirlo al continente y esa muchacha aceitunada era una fuerza de la naturaleza. Empezó la tarea de hacerse acompañar por Shelley, a quien veía dispuesto a salir de Inglaterra.

Desde que ella había abandonado su casa, habíanse instalado ellos al borde del Támesis, cerca de Windsor. Bajo las encinas del parque, Shelley compuso su primera grande obra después de *La Reina Mab*. Era, como todos sus poemas, una autobiografía traspuesta: pintaba a un joven ardiente, vencido por la realidad, sin las afirmaciones cortantes de su primera época, más bien con una resignación melancólica.

Pero aunque nada lamentaba del pasado, la permanencia en Inglaterra se le hacía intolerable a causa de la situación irregular de Mary y pensó que lejos, donde su aventura era desconocida, tendría más probabilidades de hallar amigas y un poco de paz.

Les había nacido un segundo hijo, sano y robusto; los gastos aumentaban; la vida en Suiza era más barata. Clara no necesitó grandes esfuerzos para decidirlos a efectuar el viaje.

Como en su primera fuga, pero más confortablemente, el extraño trío cruzó París, la Borgoña, el Jura y fué a instalarse en el Hotel Inglés de Sécheron, ba-

rrio de Ginebra. El hotel estaba a orillas del lago; desde las ventanas se veían centellear al sol las crestas de las pequeñas olas azules y bajo un velo de aire luminoso temblaba la línea sombría de los montes. Más lejos, picos blancos, irreales, como nubes sólidas, brillaban. Escapados al invierno de Londres, esos paisajes de sol les parecían deliciosos. Arrendaron un bote y pasaban días enteros sobre el lago, leyendo, durmiendo.

• • •

Mientras la infantil caravana vivía olvidada entre el cielo y el agua, a través de las planicies de Flandes, Childe-Harold iba hacia ellos con un equipaje suntuoso. Inglaterra, en una de esas crisis de incoherente virtud que suceden en ella a la más sorprendente tolerancia, acababa de arrojar a Lord Byron, acusado de incesto. A su entrada en un baile vió a todas las mujeres huir, como si se tratara del demonio en persona. Decidió abandonar para siempre esa patria hipócrita.

La más apasionada curiosidad rodeó su partida. El mundo, que tan duramente castiga las rebeldías del instinto, las envidia en el fondo y las admira. En Dover, cuando el peregrino se embarcó, dos filas de espectadores bordeaban el puente; muchas damas de sociedad se habían disfrazado de mujeres del pueblo para mezclarse a la multitud. Se mostraban las enormes cajas que contenía su canapé, su biblioteca, su vajilla. El mar estaba malo y Lord Byron recordó a sus compañeros que su abuelo, el Almirante Byron, era conocido en la armada con el nombre de Jack el de la Tempestad, porque nunca podía embarcarse sino durante una borrasca. Contemplaba con cierta complacencia ese fondo sombrío de su destino familiar. Desdichado, gustábale que sus desdichas fueran grandes.

• • •

Algunos días después una extraordinaria actividad se manifestó en el hotel de Sécheron; la llegada del noble Lord producía un trastorno. Clara estaba conmovida a pesar de su audacia; Shelley impaciente por conocer al gran poeta. La acusación de incesto, las relaciones con Clara no podían chocarle. Esperaba que se formaran entre su cuñada y Byron los mismos lazos que lo unían a él con Mary y en cuanto al incesto no veía ningún inconveniente en que un hermano amara a una hermana. Si las leyes lo prohibían, era por una de esas fantasías absurdas en que las sociedades se complacen. Aun el tema parecía uno de los más poéticos que pudieran cantarse. Mary, por su parte, sentíase feliz de ver a Clara fuera de combate, aunque en condiciones algo peligrosas.

La primera aparición de Byron no decepcionó a los Shelley. La belleza de aquel rostro impresionaba. Desde luego el aire de orgullo e inteligencia, una palidez de claro de luna en la que resaltaban espléndidos los ojos de terciopelo, animados y sombríos, los cabellos negros, algo rizados, la línea perfecta de

las cejas. La nariz y el mentón eran de un dibujo firme y gracioso. El único defecto de aquel bello sér aparecía al andar. Cojo, decían; pie de fauno, insinuaba él, que prefería ser diabólico antes que enfermo. Mary observó en el acto que esa claudicación la daba una gran timidez; cada vez que tenía que dar un paso delante de espectadores, lanzaba una frase satánica. En el registro del hotel, frente a la palabra «edad», escribió «cien años».

Los dos hombres se avinieron; Byron encontraba en Shelley a un joven de su clase que, a pesar de su vida difícil, conservaba la encantadora soltura de los muchachos de buena sangre. La cultura de aquel espíritu lo admiró; él mismo había leído mucho, pero sin esa extraordinaria seriedad. Shelley había querido saber, Byron deslumbrar; y luego lo advirtió. También sintió que la voluntad de Shelley era una fuerza pura y tensa, mientras que la de él flotaba al azar de las pasiones y de las queridas.

Shelley, modesto, no vió esta admiración que Byron ocultaba con grande esmero. Oyendo el tercer canto de Childe-Harold se sintió conmovido y desazonado. En esa fuerza, en ese ritmo potente, en ese movimiento de ola irresistible que sube reconoció el genio y desesperó de igualarlo.

Pero si el poeta le causó entusiasmo, el hombre le produjo gran sorpresa. Byron desafiaba los prejuicios y creía en ellos. Los encontraba en el camino de sus deseos y los atropellaba, pero con remordimientos. Lo que Shelley había hecho ingenuamente, él lo hacía a conciencia. Expulsado del mundo, sólo gustaba de los éxitos mundanos. Mal marido, no respetaba sino el amor legítimo. Lanzaba paradojas cínicas por represalia, no por convicción. Entre la depravación y el matrimonio no concebía término medio. Trató de aterrar a Inglaterra desempeñando un rol audaz, pero por desesperación de no haber podido conquistarla en algún cargo tradicional.

Shelley buscaba en la mujer una fuente de exaltación. Byron un pretexto para reposar. Shelley, angélico, demasiado angélico, las respetaba; Byron humano, demasiado humano, las deseaba y hablaba de ellas con el mayor desprecio. Decía: «Lo que tienen de espantoso es que no se puede vivir con ellas ni sin ellas». Y agregaba: «Mi ideal consiste en una mujer con bastante inteligencia para comprender que debe admirarme, pero no tanto como para querer que la admiren a ella». El resultado de las primeras conversaciones fué curioso: Shelley, místico sin saberlo, chocó a Byron, don Juan a pesar suyo.

Esto no impidió que formaran una sociedad encantadora. Ambos amaban con locura la boga. Compraron un bote en sociedad y todas las tardes se embarcaban con Mary, Clara y el joven médico Polidori. Byron y Shelley, silenciosos, dejaban caer los remos y seguían entre las nubes y los reflejos de la luna las imágenes fugitivas; Clara cantaba y su bella voz mecía los pensamientos en una cadencia voluptuosa por sobre las aguas estrelladas.

Una noche de gran viento, Byron, desafiando la tempestad, anunció un canto albanés: «Pónganse sentimentales— dijo— y présteme toda su atención». Lanzó un grito ronco y prolongado y después soltó una carcajada. Mary y Clara, desde ese día, lo bautizaron «el Albanés» y por abreviatura «Albé».

Shelley y Byron hicieron juntos una peregrinación literaria en rededor del lago. Visitaron los sitios en que Rousseau sitúa La Nueva Eloisa; Clarens, el dulce Clarens «cuna de todo amor apasionado», el Lausanne de Gibbon, el Ferney de Voltaire. El entusiasmo de Shelley se comunicó a Byron, que bajo esta influencia compuso algunos de sus más bellos versos. Cerca de La Meillerie, una de esas violentas tempestades del lago Ginebra, puso en peligro la barca. Byron empezó a desnudarse. Shelley, que no sabía nadar, se quedó impasible, cruzado de brazos. Su valor aumentó el aprecio de Byron, pero siempre en silencio.

Fatigados del hotel, los Shelley arrendaron en Coligny un cottage al borde del lago; Byron se instaló algo más arriba, en la villa Diodati. Un viñedo separaba las dos casas. Una mañana, dos viñadores vieron a Clara salir corriendo de la villa Diodati y entrar a escape en la de Shelley. En la escapada perdió un zapato y no se atrevió a recogerlo. Los trabajadores llevaron irónicamente a la acaldía la pantufla de la señorita inglesa.

Sus amores no eran felices. Estaba en cinta y Byron, fatigado de ella, le hacía sentir con dureza su cansancio. Admiró un momento, acaso, su ingenio, su voz, pero se aburrió pronto. No se reconocía ningún deber para con esa muchacha que se le había ofrecido tan a la fuerza: «¿Raptada? ¿Quién fué raptado en esta historia sino mi pobre, querida persona? Se me acusa de dureza con las mujeres: he sido siempre su víctima... Desde la guerra de Troya nadie ha sido más raptado que yo...»

Shelley discutió con él el porvenir de Clara y del niño. En cuanto a ella, el noble Lord sólo quería dejar de verla lo más pronto posible y para siempre. Shelley no podía combatir esta tesis, puesto que el amor sólo depende de sí mismo. Pero defendió los derechos del hijo por nacer.

Byron tuvo primero la extraña idea de confiarlo a su hermana Augusta, a quien la voz pública lo unía escandalosamente. Clara rehusó y entonces prometió encargarse de él, pero sólo desde la edad de un año y a condición de ser su único dueño.

Se hacía difícil para los Shelley continuar en su compañía. No porque los dos hombres hubieran reñido. Shelley halló penosa la cuestión, pero natural. Clara sufría y Mary solía indignarse de la actitud de Byron y de sus cínicas opiniones sobre la mujer. Por lo demás, de nuevo experimentaba el deseo nostálgico de ver los paisajes ingleses. Una casa junto a un río inglés aparecíansele a la distancia como refugio delicioso. Shelley escribió a Peacock y Hogg que le arrendaran una y empezó el viaje de regreso.

• • •

Después de su partida, Byron escribió a su hermana Augusta:

«No me hagas reproches. ¿Qué otra conducta podía observar? Una muchacha imprudente, a pesar de todo lo que hice y dije, me siguió o, mejor

dicho, me precedió, puesto que la encontré instalada aquí y me ha costado un mundo convencerla de que se vaya. Al fin ha partido.

Ahora, querida mía, te confieso desde el fondo de mi corazón que no podía impedir los hechos y que hice cuanto estuvo de mi parte por terminar esta historia. No la amo y no tengo amor disponible para nadie; pero tampoco podía hacerme el estoico con una mujer que había cruzado ochocientas millas para desfilosofarme... Ya sabes todo lo que hay.

. . .

Después de esta nueva vuelta a Inglaterra, las primeras sombras de su trágico destino empiezan a caer sobre Shelley. Apenas instalado en Bath, se suicida Fanny Imlay, la medio-hermana de Mary y Clara. Tal vez amaba a Shelley en silencio y sin esperanza. Le escribía cartas dulce... La última, que dejó al lado del frasco de láudano, no contenía ninguna queja... Apenas repuesto de este golpe, Shelley, que hacía buscar a Harriet, pues no tenía noticias de ella, supo que su joven mujer, desesperada por el abandono de su marido, se dejó arrastrar primero por la mala vida y luego por la corriente del río de Hyde Park, de donde la sacaron demasiado tarde. ¡La madre de sus dos hijos! Y adviértase que Shelley no era inconstante, sino que pretendía acumular, totalizar sus amores. Así, enemigo jurado del matrimonio, apresuróse, quince días después, a casarse con Mary Godwin y reivindicar la tutela de sus niños Charles y Lanthe. El Lord Canciller se la negó en una sentencia muy humillante para Shelley, porque significaba en cierto modo un veredicto oficial de locura incurable.

. . .

Durante el proceso compró una encantadora casita en Marlow. Ariel consentía, por fin, en habitar una residencia humana. Una imponente galería fué trasformada en biblioteca y adornada con grandes reproducciones de Venus y Apolo. El jardín era vasto; una niña de extraordinaria belleza jugaba con Willima y Clara Shelley. Era Clara Allegra, hija de Clara y de Byron. Su padre estaba en Venecia, divirtiéndose mucho, según decían.

No pasó mucho tiempo sin que los tres marcharan a reunirse.

XXI

Una vez más la caravana de los tres marchó hacia los países del olvido y del sol; las niñas y las niñeras que ahora los acompañaban apenas estorbaban sus movimientos rápidos y caprichosos.

Por el Monte Cenis llegaron a Milán donde se detuvieron para avisar a Byron la presencia de su hija en Italia. Shelley pasaba los días en la catedral,

leyendo el Infierno y el Purgatorio. Amaba las tres ventanas gólicas gigantescas que derraman en el coro su luz religiosa. Las iglesias no le inspiraban ya el mismo horror que antes; desde que había sufrido se sorprendía de hallar en ellas, mejor que en cualquier sitio, un refugio digno de la grandeza de las pasiones humanas. Con Dante, en esa sinfonía de colores sombríos y cálidos, el catolicismo no le parecía invención de impostores.

La respuesta de Byron fué que no quería ver a Clara por nada del mundo y huiría de todas partes para no encontrarla; cuanto a la pequeña, aceptaba encargarse de su educación siempre que lo dejaran a él de único maestro. Shelley trató de obtener condiciones menos duras; pero Byron quería ante todo librarse de las escenas de Clara y no cedió un punto. Un Veneciano de paso por Milán refirió que el «Mylord inglés» llevaba en Venecia una vida escandalosa y mantenía todo un harem. Esto no dejaba de ser inquietante para la educación de Allegra y Shelley aconsejó a Clara renunciar a toda ayuda de Byron antes que confiarle la niña. Como siempre, él se encargaría de los gastos. Pero Clara era soberbia. Orgullosa del nacimiento de Allegra, quería que su hija disfrutara de sus ventajas; tenía plena confianza en Elisa, el ama de la chicuela, y resolvió enviarlas a ambas a Venecia. A pesar de las afectuosas advertencias de Shelley, Allegra fué entregada a su padre.

. . .

Luego recibieron noticias inquietantes. Byron sólo había alojado algunas semanas en su casa a la niña. Encantado de su belleza y de verla admirada y acariciada por los venecianos en la Piazzeta, luego se había cansado de ese juego monótono y la confió a la mujer del cónsul inglés, Mrs. Hoppner. ¿Quién era esta Mrs. Hoppner? ¿Cómo tratarían a la criatura? Elisa aseguraba que era una excelente señora; pero Clara empezó a sentir terribles remordimientos. Durante todo un año no había dejado a la niña; la adoraba; era el único ser en el mundo a quien pudiera llamar suyo, puesto que su familia la rechazaba y su amante no quería verla. Shelley se compadeció de su tristeza y ofreció acompañarla a Venecia: Mary, a pesar de su repugnancia a que viajaran juntos, consintió en que lo hiciera.

Para no irritar a Byron que había prohibido a Clara acercarse a cualquier ciudad donde él estuviera, resolvieron que ella esperaría en Padua el resultado de la embajada de Shelley; pero, tan cerca de su hija, la madre no pudo contenerse y pensó que ocultándose, podría visitarla sin peligro. Tomó con Shelley una góndola que descendía hacia Brenta, atravesaron la laguna de noche, en medio de una tempestad, mientras a lo lejos las luces de Venecia brillaban confusas, tras una cortina de agua.

Al día siguiente por la mañana visitaron a los Hoppner, que los recibieron bondadosamente; la señora hizo llamar a Elisa y la niña. Allegra había crecido mucho; estaba pálida, menos viva que antes, pero siempre bellísima. Luego se habló largamente de Byron. Los Hoppner, buenas gentes, de moralidad tradicio-

nal, pareja joven y enamorada, excitados por esas intrigas, algo humanizados también por la indulgente Venecia, contaban las cosas moviendo la cabeza.

Desde el tercer día de su arribo, Byron se procuró una góndola y una querida. La querida era Marianna Segati, mujer de un comerciante en paños, que había arrendado unas piezas al poeta. Imprudente negocio; pero el paño se vendía poco. La mujer tenía veintidós años, ojos negros soberbios, una voz deliciosa. Aunque de condición burguesa, la aristocracia veneciana la recibía para oírla cantar. Que debía enamorarse del noble extranjero, bello, generoso y genial, era algo tan necesario como las reacciones químicas más simples. Cuanto el mercader de Venecia, Byron tenía el ducado listo y la moral del país permitía por lo menos un amante en casa.

Mrs. Hoppner, mujercita dulce, de ojos inteligentes, refería esta historia con el aire de tristeza y golosina con que las mujeres honradas hablan del vicio. Su marido, tras mil precauciones, agregó que eso no era todo. Se contaba en el pueblo que el señor inglés poseía, en algún barrio de la ciudad, una casa misteriosa donde, no bastándole una musa, reunía a las nueve hermanas. Toda una leyenda se formaba; los ingleses de viaje hablaban de Nerón y Heliogábalo. El pueblo admiraba y, bajo la máscara del carnaval, las mujeres se cogían del brazo de Byron. Estos relatos no eran tranquilizadores para Clara. Preguntó qué debía hacer; el cónsul le aconsejó no dejar ver a ningún precio que se encontraba en Venecia, pues Byron expresaba con frecuencia su gran temor de verla llegar.

A las tres de la tarde, Shelley visitó a su amigo en el palacio Mocenigo. Byron lo recibió en triunfo. Shelley era tal vez el único hombre con quien consentía en hablar seriamente, de igual a igual. Aun cuando le explicaron el viaje de Clara y su objeto permaneció tranquilo y razonable. Dijo que comprendía muy bien los temores de Clara, que no podía devolverle a Allegra porque los venecianos, que ya lo acusaban de caprichoso, dirían que se había fatigado de la niña, pero que iba a reflexionar y descubriría un medio de conciliarlo todo. Luego propuso un paseo a caballo por el Lido.

A través de la laguna, la góndola los condujo hasta los caballos que esperaban en la larga playa medio sumergida, sembrada de cardos y de algas. A Shelley le encantaron esas arenas desiertas, ese galope en medio de las olas. Sólo la idea de que Clara, ansiosa, aguardaba en casa de los Hoppner amargó un poco su placer. Byron habló de la tonta actitud de los ingleses que llegaban a Venecia y lo perseguían con su curiosidad, pagando sirvientes para ver su dormitorio. Luego se refirió a las desdichas de Shelley con grandes protestas de amistad. «Si yo hubiera estado en Inglaterra había removido tierra y cielo para haceros devolver los niños». Lo cual lo condujo a tratar de la maldad humana, que juzgaba infinita. Los hombres se odian unos a otros... Esperar o desear algo es señal de espíritu visionario.

—¿Por qué?—dijo Shelley.—Ud. admite que el hombre sufre sus instintos sin dirigirlos. Mi fe es diversa: yo creo en la potencia de la voluntad.

Byron señaló la ciudad patricia que el sol poniente envolvía en púrpura sombría y oro en fusión.

—Volvamos en góndola—propuso.—Tengo algo que mostrarle.

Y después que se hubieron deslizado algunos minutos sobre las aguas:

—Mire hacia el oeste y escuche. ¿No oye una campana?

Shelley vió entonces, sobre una pequeña isla, un edificio de ladrillos, informe, casi desprovisto de ventanas, que dominaba una torre abierta en la cual una campana negra balancéabase en el cielo bermellón. Hubiérase dicho también que al ruido de los remos se mezclaban gritos de auxilio, lejanos, apagados.

—Esta—dijo Byron—es la casa de los locos. Todas las tardes, atravesando a esta hora, oigo la campana llamar a los locos a la oración.

—¿Sin duda para agradecer al Creador sus bondades?

—¡Siempre el mismo, Shelley!—dijo Byron, rudamente.—¡Infiel y blasfemador! ¡Y no sabe nadar! Cuidado con la providencia... Pero ¿no hablaba de vencer los instintos? ¿No le parece este espectáculo la imagen de nuestra vida? La conciencia es una campana que nos llama a la virtud... Como esos locos, obedecemos sin saber por qué. Luego el sol se pone, la campana se detiene, y es la muerte.

Miró a Venecia que, en la luz del crepúsculo, se había puesto gris rosada.

—Nosotros, los Byron—murmuró—morimos todos jóvenes. Tanto por el lado de nuestro padre como de nuestra madre... No importa: quiero de todas maneras gozar de mi juventud.

XXII

Al otro día Shelley, que había llegado a casa de Byron inquieto, se sorprendió agradablemente al hallarlo muy razonable. Ofrecía ceder a Shelley y Clara, por dos meses, una villa que poseía cerca de Venecia, sobre el Este, y autorizar a Allegra para residir un tiempo allí. El clima era sano; los niños estarían mejor que en cualquier parte. Shelley aceptó en el acto y escribió a Mary:

«He resuelto lo que se debe hacer sin consultarte y quiero que vengas, mi bien amada, a reñirme si procedí mal, a darme un beso si he obrado bien... Mrs. Hoppner es bella, buena, tan angelicalmente dulce que si fuera al mismo tiempo sabia y hábil se convertiría completamente en una Mary; pero no tiene tu perfección...»

El viaje de Mary fué penoso; en Florencia los pasaportes la retuvieron bastante tiempo; la pequeña Clara, que echaba los dientes, sufrió mucho del calor y las fatigas y llegó a Este enferma.

Durante quince días estuvo mal. El médico de Este parecía completamente estúpido y Shelley y Mary resolvieron irse a Venecia a consultar otro. En Fusina la aduana austriaca quiso impedirles el paso de la laguna: Shelley atropelló por todo con violencia inaudita y se precipitó en la góndola. La pequeña tenía extraños movimientos convulsivos de la boca y de los ojos. Durante el trayecto pareció inconsciente. En el hotel los síntomas empeoraron. Un médico dijo que ya no quedaba esperanza. Y una hora después Mary se encontraba en

una pieza desconocida, con su niño muerto en los brazos. Mrs. Hoppner llegó y se la llevó a su casa. Al día siguiente por la mañana Shelley condujo el pequeño cadáver al Lido y Mary se esforzó por sacudir su tristeza.

Uno de los principios de Godwin consistía en que sólo las naturalezas débiles se abandonan al dolor, el cual dura poco si no nos complacemos en él por una cruel vanidad de sufrir. Su hija compartía estas ideas. Al día subsiguiente del entierro, escribía en su diario:

«Lectura del cuarto canto de Childe-Harold. Lluve. Vimos el palacio de los Dux, el Puente de los Suspiros, etc. A la Academia, con Mrs. Hoppner; algunas bellas pinturas. Visita a Lord Byron, que estaba con la Fornarina».

• • •

La Fornarina era la nueva querida de Byron, muchacha de aspecto plebeyo y salvaje.

—Veréis qué hermosa es—había dicho Byron a Shelley—Grandes ojos negros y un cuerpo de Juno, cabellos que brillan al claro de la luna, una de esas mujeres que, por amor, irían hasta el Infierno. Me gustan esta clase de animales y, ciertamente, habría preferido Medea a todas las mujeres del mundo.

Era en efecto un extraño e indomable animal aquella muchacha, tan feroz, inspiraba terror a los sirvientes y hasta al gondolero gigante del poeta. Celosa, insoportable, falsa como un demonio y perfectamente ridícula desde que había querido reemplazar su bello chal veneciano por trajes elegantes y sombreros con plumas que Byron arrojaba implacablemente al fuego a medida que ella los compraba. Pero él le toleraba sus locuras porque lo entretenía. Le gustaban su vivacidad, su acento veneciano, su violencia. Esta alma primitiva y cercana a las bestias reposábalo, decía, mejor que todo del trabajo intelectual. Gracias a ella su poema avanzaba alegremente, con un movimiento soberbio, con algo de la natural y ondulante furia del océano y de la mujer enamorada.

A los Shelleys, que eran la civilización misma, ese admirable bruto les desagradó. Se cruzaron miradas de tristeza. Durante los pocos días que vivieron aún en Venecia, Shelley vió más de cerca la existencia de Byron y la juzgó con severidad. El poeta asociaba a sus orgías a las mujeres que los gondoleros recogían en las calles. Después, descontento de sí mismo, decretaba que el hombre es despreciable. Su cinismo no pareció a Shelley sino una elegante máscara de la bestialidad.

Por fin Mary y Percy regresaron a Este, tristes de no volver con su hijita. La casa era alegre. En el jardín, un parrón conducía a un pabelloncito delicioso que fué el retiro predilecto del poeta. Desde allí descubriase en el primer plano el castillo de Este; luego, como un mar verde, la planicie sin olas de la Lombardía, donde las bellísimas casas de campo emergían semejantes a islotes en el aire vaporoso; la solitaria Padua, y Venecia cuyas cúpulas y campanarios franjeados de oro brillaban en un cielo de záfiro.

Shelley trabajaba. Había comenzado un Prometeo y un drama lírico sobre el Libro de Job; pero ni aun en el trabajo encontraba la calma, la libertad de que tanto había gustado en Marlow. Parecía que el dolor había tomado el timón de la barca frágil donde iban, bajo un cielo extranjero, el grupito de los jóvenes desterrados de Inglaterra.

XXIII

Después de mes y medio fué preciso devolver a Byron su villa y su hijo. La lluvia invernal inspiró a Shelley el deseo de emigrar hacia el sur. Para sentirse feliz necesitaba el calor de la amistad; pero los climas y las ciudades desconocidos tentaban su melancolía.

El camino de Roma serpenteaba entre viñas rojizas. A cada paso encontraban parejas de bueyes blancos, de una belleza virgiliana. Atravesaron Ferrara, luego Bolonia, donde vieron tantas iglesias, estatuas y cuadros que la cabeza se les convertía en álbum de estampas célebres. Por Rimini, Spoleto y Terni, ciudades románticas, llegaron a la campiña romana, soledad perfecta, encantadora y sublime. Cuando entraron en la ciudad, un cuervo enorme planeaba por los aires.

La majestuosa tristeza de las ruinas eternas los impresionó. Shelley admiró el cementerio inglés, cerca de la tumba de Cestius, el más bello y el más solemne que hubiera visto jamás. El viento hacía cantar las hojas sobre los sepulcros. Allí hubiera querido reposar.

Después de un viaje de tres semanas, llegaron a Nápoles y arrendaron una casa desde donde se divisaba la bahía azul, siempre igual y siempre diversa. Noche y día miraban humear ligeramente el Vesubio y reflejarse sus llamas y sus sombras en el agua del mar. El clima era el de una primavera inglesa, aunque talvez faltara ese «crescendo» continuo de dulzura que da tanto encanto a los países templados. Fueron a Pompeya, a Salerno, a Poestium, bellas visiones demasiado rápidas que les dejaban en el alma imágenes blancas y confusas, como de un sueño medio olvidado. A pesar de tanta belleza, no se sentían dichosos.

No conocían a nadie y el perpetuo aislamiento de su pequeño grupo se les hacía penoso. Bajo ese bello sol, pensaban en Richmond, en Marlow, en Londres. ¿Qué eran aquellas montañas y ese cielo azul sin un amigo? Los placeres de la sociedad son el alfa y el omega de la existencia y los paisajes presentes, tan reales y tan hermosos, desvanecíanse al recordar la decoración de los sitios familiares, mediocres talvez, pero encantadores por el recuerdo.

En las calles, miraban con envidia a los pobres decirse buenos días. Shelley tan lleno de ternura hacia los hombres, asombrábase de sentirse solo en medio de ellos. Mary, sobre todo, sufría de verse en todas partes como «la extranjera». De nuevo estaba al comienzo de un embarazo. Clara se le hacía insoportable. El sirviente italiano sedujo a la niñera suiza y, obligado a casarse, partió lleno de maldiciones y amenazas de venganza. Cansados, descontentos de Nápoles, regresaron a Roma. Una perpetua necesidad de cambiar los agitaba, como

al enfermo que busca en el lecho un sitio fresco, llevando consigo la fiebre. El calor de la primavera romana pareció fatigar al pequeño William. El médico les aconsejó llevárselo rápidamente más al norte. Iban a partir, cuando, bruscamente, se declaró una disentería. Durante sesenta horas no dejó Shelley la manecita de su hijo. Lo quería cada día más. Era un niño inteligente, afectuoso y sensible. Tenía sedosos cabellos rubios, la tez transparente, ojos azules, animados y serios. Cuando estaba durmiendo, las mujeres italianas iban en puntillas a mostrárselo unas a otras. Agonizó tres días.

Lo enterraron en el cementerio inglés que su padre, al llegar a Roma, había encontrado encantador por su silenciosa soledad. El viento cantaba aun entre las hojas. Cerca de una tumba antigua, en medio de las flores y de las yerbas soleadas, Shelley vió desaparecer el ataúd de su niño.

Fenny... Harriet... la pequeña Clara... William... Le pareció que una atmósfera pestilencial lo circundaba, infestando a los seres que le eran queridos.

• • •

La joven pareja, tan rudamente azotada por el destino, había soportado hasta entonces con valor sus pruebas; pero esta vez Mary abandonó la lucha.

Shelley se la llevó al campo, a una encantadora villa. Todo le era indiferente. Pensaba en unos pasitos que señalaban la arena de la playa napolitana, en esas expresiones ingenuas que pintan con tanta viveza el amor, el asombro, el gozo. Inmóvil los ojos fijos y como entorpecidos, no salía de su silencio sino para preguntar por la tumba romana; quería para su niño una estela de mármol blanco y flores.

Informado de su tristeza, Godwin se la reprochó con filosofía. Shelley mismo se quejaba suavemente: «Amiga mía ¿adónde has partido? Me has dejado solo en este mundo árido. Tu forma está ahí, encantadora, pero tu te has ido por el camino solitario que conduce a los sombríos extremos del dolor...»

El tenía retiros aéreos y cuando en ellos se refugiaba desaparecían el mundo y la existencia no era sino un absurdo ensueño. Allá terminaba su Prometeo, nueva versión de su tema único: la lucha del Espíritu contra la Materia, del hombre libre contra el mundo. Júpiter representaba el papel de Lord Castlereagh; el Titán encadenado era otro Shelley, víctima llena de esperanza, confiada en el triunfo del bien. Bellos cielos sin nubes, torbellinos del viento tibio del Oeste, todo servíale para cantar desesperadamente su optimismo que ningún golpe abatía:

—¡Viento! Haz de mí tu lira como este bosque... ¿Qué importa si mis hojas también caen? Sé, para mis labios y para la tierra adormecida una trompeta de profecías ¡Oh! viento, si el invierno viene ¿puede estar lejos la primavera?»

Cuando llegó el alumbramiento de Mary, se encaminaron a Florencia a fin de estar cerca de un buen médico. El mejor fué Florencia misma, donde la soledad carece de amargura. En Florencia se vive con el Dante, se oye a Savonarola, se ve pasar a Giotto, Brunelleschi y Donatello rivalizan aun, amistosa-

mente, en las iglesias y las estatuas viven con más familiaridad que en otras partes. En la plaza, David vence al Neptuno imbécil y al torpe Hércules de Bandinelli. Se sufre menos de no conocer a los niños que pasan, mirando los de Della Robbia.

Gustábale a Shelley contemplar la ciudad desde las alturas de San Miniato. Los techos rosados dibujaban sus formas precisas; el Arno, henchido de lluvia, dejaba rodar sus aguas amarillas entre las viejas casas, que parecía una muchedumbre humana reunida en las riberas y los puentes; a los lejos, el valle descubría un horizonte de colinas azules.

En esa atmósfera cargada de efluvios espirituales, Mary se reanimó algo. Hablaba con algunas personas. El nacimiento del niño fué rápido y feliz. Cuando la madre se vió con una guagua otra vez en los brazos, sonrió por primera vez desde la muerte de William.

Lo llamaron Percy Florence.

XXIV

Todo en la vida llega por series. Un amigo trae otro amigo. Mary y Percy, que habían sufrido tanto con la soledad, encontráronse de pronto, sin buscarlo, convertidos en el centro de un grupo muy animado y muy agradable.

La casualidad hizo el milagro. Primero Shelley volvió a sufrir su dolor al costado. El viento de los Apeninos, tan rudo en Florencia durante el invierno, se le hizo penoso y los médicos le aconsejaron irse a Pisa, que está más abrigada.

Allá se le reunió Tom Medwin, uno de sus primos, antiguo oficial del Ejército, aficionado a las artes y que buscó la compañía del único literato de la familia. Era bastante aburridor, pero buen hombre, y relacionó a los Shelley con una pareja encantadora, los Williams.

Edgard Williams era, como Medwin, antiguo oficial de dragones. Habíase retirado por motivos de salud, según decía. Era un muchacho franco sencillo, sin pretensiones y que se interesaba por todo. Agradó mucho a los Shelley y su mujer les pareció deliciosa, muy linda, de modales refinados, excelente música. En el acto se estableció una profunda simpatía entre ambos esposos y los Shelley conocieron por fin esa dulce existencia de visitas espontáneas, elogios delicados y perfecta confianza que forma el encanto de las verdaderas amistades.

En cuanto un grupo existe, los que se sienten aislados se le agregan. Así se les unió un irlandés, el conde Taaffe, un griego, el príncipe Mavrocordato, y un extraordinario abate italiano, diabólico y penetrante, tipo de inquisidor de Venecia, el reverendo profesor Pacciani, llamado el Diablo de Pisa, maestro sin cátedra, gran conocedor en cuadros, anticuario, perito y comisionista universal. Era el hombre que siempre encuentra un «pallazzo» que arrendar, cobra al arrendador y al arrendatario, recomienda a un profesor de italiano y comparte con él el precio de las lecciones, mientras desliza misteriosamente al oído

del viajero inglés el nombre de una Marquesa deseosa de vender un Andrea del Sarto.

Íntimo de la casa en cuanto puso el pie en ella, Pacciani llamaba familiarmente a Mary y a su amiga Jane «le belle inglese» y las entretenía contándoles las interioridades de los grandes señores de Pisa, cuyo amigo era.

• • •

Uno de esos relatos emocionó vivamente a Shelley. El conde Viviani, el hombre más importante de la ciudad, acababa de casarse en segundas nupcias con una mujer mucho más joven que él; había tenido de su primera esposa dos encantadoras hijas y la nueva condesa, celosa de su hermosura, había conseguido encerrarlas en dos conventos hasta que alguien consintiera en casarse con ellas sin dote. El profesor, que había conocido a las «contessinas» desde la infancia, hablaba con entusiasmo de su belleza y su inteligencia. La mayor, sobre todo, Emilia, era una especie de genio.

—¡Poverinal!—decía Pacciani.—Está como un pájaro en la jaula, viendo pasar sin objeto sus años juveniles, ella que está hecha para el amor. Ayer regaba algunas flores en su celda.—Sí, les decía, Uds. nacieron para vegetar; pero nosotros, séres pensantes, estamos hechos para obrar y no para marchitarnos en el mismo sitio... Este convento de Santa Ana me parece un sitio horrible; las pensionistas tiritan de frío y no tienen para calentarse sino algunas cenizas en un tiesto de greda. Ud. se compadecerá de ellas.

Este caso despertó en Shelley todos sus sentimientos de caballero errante dormidos en la paz de la vida conyugal. Hizo mil preguntas, mostró tanta indignación contra el viejo conde, tanto interés por la bella víctima, que Pacciani, que no podía resistir el delicioso placer de entrometerse, suprema sensualidad de los viejos, le propuso llevarlo al convento de Santa Ana.

Era en efecto una casa miserable; los visitantes atravesaron un portal ruinoso; el abate fué a buscar a Emilia y luego Mefistófeles volvió con Margarita. No había exagerado la belleza de la joven; llevaba los cabellos negros anudados simplemente como los de una musa griega; su perfil sin defectos parecía obra de un admirable escultor; la palidez del rostro hacía resaltar el brillo de los ojos, que poseían esa expresión medio adormecida y profundamente voluptuosa en que algunas italianas superan a las orientales.

Apenas entró en el locutorio, Shelley sintió que la amaba. Pero su amor no era deseo carnal, sino necesidad de sacrificarse y de admirar. Conservaba siempre en el fondo del alma la imagen de una perfecta belleza física unida a la belleza moral, el mito de una mujer encantadora y oprimida para convertirse en su caballero. Esa Andrómeda que yacía en el fondo de sus sentimientos amorosos le hizo raptarse a Harriet para sustraerla a su padre, amara a Mary porque era desdichada, mezcla de proporciones para él mismo desconocidas de sensualidad y compasión, sentimiento turbio en su origen, pero que él había sabido purificar y que exaltaba hasta el máximum su potencia poética.

Durante largo tiempo creyó encontrar en Mary esa amante mística; pero la vida en común es fatal a las fantasías sentimentales. En la bella y misteriosa Emilia, la diosa podía encarnar, porque no sabía nada de ella. Encontraba por fin en ese convento extranjero la visión admirable y fugitiva que perseguía desde la adolescencia y que, cada vez que intentaba cogerla, desvanecía para dejarlo ante una mujer de carne.

Al penetrar en el locutorio, Emilia dirigió a un pájaro que estaba en una jaula un discurso que Shelley encontró el más poético del mundo:

—¡Pobre pequeño! ¡Te mueres de languidez! ¡Cuánto te compadezco! ¡Cómo debes sufrir oyendo las bandadas de tus hermanos que te llaman y parten para países desconocidos! Como yo, aquí terminarás tu miserable destino... Oh! si pudiera libertarte!

Improvisaba así, a la italiana, especies de poemas hablados que no carecían de fuerza. Shelley la encontró genial. Le pidió permiso para volver a verla, llevarle su mujer y su cuñada. Ella consintió.

Refiriendo a Mary esta visita, no hizo misterio de sus sentimientos. Ambos leían mucho a Platón y Mary no ignoraba que ese amor era sólo la contemplación de la belleza pura. Hubiera preferido, sin embargo, que semejante contemplación tomara por objeto, alguna estatua o que, como Dante, Shelley no hubiera hablado nunca a su Beatriz. Sin embargo, lo acompañó al convento.

Reconoció que Emilia era muy bella, muy «estatua griega», y de una elocuencia sorprendente; pero, en el fondo de su corazón, prefería la púdica reserva de los ingleses a ese genio italiano demasiado expansivo. Encontró que Emilia hablaba fuerte, que sus gestos carecían de gracia y que resultaba más agradable cuando permanecía en silencio. Se guardó de mostrar tales sentimientos.

Clara, más sensible, se sintió conquistada como Shelley. Mientras Mary le llevaba a la cautiva libros, una cadena de oro y otros regalos, Clara, que era pobre, ofrecía lecciones de inglés. Emilia aceptó con entusiasmo. Una incesante correspondencia se cruzó entre el convento y Pisa; no eran sino: «Querida hermana... Mary adorada... Sensible Percy... Caro fratello... y aun, en sentido místico se entiende, «adorato sposo». A veces la «querida hermana Mary» parecía algo fría. «Pero su marido me dice que esta frialdad aparente no es sino la ceniza que cubre un corazón afectuoso».

La verdad es que la querida hermana Mary sentíase enervada. Ya Shelley estaba construyendo en torno a Emilia uno de esos mundos imaginarios a los que gustaba evadirse; componía para ella un gran poema de amor tan misterioso como la Vita Nuova del Dante o los sonetos de Shakespeare. Proclamaba en él su doctrina:

—Nunca he pertenecido a la secta de los que sostienen que sólo se debe tener una amante y leer un libro y que el resto debe condenarse al olvido...

Trazaba un retrato de Emilia que era un himno a su belleza, llamábale esposa, hermana, ángel...

Aunque Mary se repetía que todas esas cosas se dirigían a la divina esencia

de Emilia, no a una linda muchacha de cabellos negros, le era penoso ver trabajar a Shelley con tanta exaltación. Por suerte, el trabajo lo absorbía al punto de no dejarle tiempo para visitar a su heroína. Y mientras el amante platónico acumulaba imágenes vaporosas, el padre de la joven le enviaba proposiciones cínicas, ofreciéndole un marido viejo y rico, un tal Biondi, dueño de un castillo lejano. Y antes de terminar el poema, recibió Shelley la noticia del matrimonio de Emilia.

XXV

Durante los primeros meses después de su salida de Venecia, Clara recibía regularmente noticias de Allegra por los Hoppner. La pequeña sufría con la baja temperatura. Se había puesto seria como una viejecita y Mrs. Hoppner opinaba que la sacaran de Venecia. Pero resultaba imposible entenderse con el padre, cada vez más enfangado en las orgías.

Pasó algún tiempo sin noticias. Llena de ansiedad, Clara escribió carta tras carta a la mujer del Cónsul, hasta que supo los cambios que se habían producido en la vida de Byron. Empezaron por una enfermedad bastante grave que lo retuvo en cama. Hoppner, al hacerle compañía, le refirió que sus amores, lejos de escandalizar a la gente, alimentaban las «converzazioni» y decían que las mujeres se burlaban de él y le robaban. Don Juan se había enfurecido e inmediatamente despachó a todas las sacerdotisas del palacio Moceniso.

Durante la convalecencia, se le vió en los salones de Venecia, largo tiempo abandonados por él. Allí encontró la mujer más linda de Italia, a la condesita Guiccioli, encantadora rubia de diecisiete años que acababa de casarse con un respetable caballero. El peregrino la encontró admirable, sobre todo muy bien formada de cuerpo. El primer día, le entregó un billetito. Era una cita. Ella acudió. El que decía amarla era un gran poeta, noble, rico, hermoso. Cedió sin combatir.

Días más tarde el conde Guiccioli partió con su mujer a Ravena y Teresa rogó a Byron que los siguiera. Olvidaba que la mujer puede manejar al hombre antes... pero después... La idea del amor romántico y constante repugnaba a Byron. No se movió y se mostró muy soberbio de su resistencia.

De Ravena ella le mandó decir que estaba enferma y lo que el amor no pudo lo hizo la compasión. Don Juan se puso en camino, deteniéndose en Ferrara y otras ciudades para admirar las bellezas históricas. Aún cuando afectara indiferencia y hastío, iba de bastante buena voluntad. Las mujeres inteligentes como Clara o Lady Byron lo fatigaban pronto; despreciaba demasiado al otro sexo para pedirle compañía intelectual. Las bellas panaderas y las vendedoras de Venecia eran de una especie demasiado diversa de la suya. Pero la condesita Guiccioli juntaba a una reposante y afectuosa tontería las gracias de la mujer bien educada y logró cautivar sin mucho trabajo al eterno fugitivo. Don Juan se convirtió para ella en un enfermero fiel y hasta sentimental. «Si la perdiera—escribía—perdería a un sér que ha corrido grandes peligros por mí y a

quien tengo toda clase de motivos para amar. No sé lo que haría «realmente» si muriera; pero sé que debería matarme y espero que lo haré...»

Cuando su conquistadora conquista abandonó Ravena, la siguió a Bolonia. Se convirtió en el clásico Sigisbeo....

• • •

Clara supo toda esta historia y que Byron residía en Bolonia con Allegra. La idea de que su hija habitaba en casa de la nueva querida del poeta, mujer que no tenía por qué amarla y que acaso la odiaba, le produjo verdadero espanto. Escribió una carta apasionada para recuperarla. Byron repuso: «Repruebo tanto la educación que la familia Shelley da a los niños que creería mandar mi hija al hospital si se la enviara. O irá a Inglaterra o la pondré en un convento. No me dejará para morir de una indigestión de fruta verde o para crecer con la idea de que Dios no existe...»

Al recibir esta carta, Clara anotó amargamente en su Diario: «Carta de Lord Byron sobre la fruta verde y Dios»; pero lloró mucho. Le parecía horroroso el proyecto de internar a Allegra en un convento de monjas italianas, desprovistas de toda noción de higiene y de amor a la infancia. Dirigió a Byron cartas desesperadas, violentas, casi insolentes. Don Juan se quejó a Shelley, quien le aconsejó no hacer caso. Tenía bastante con las complicaciones de su propio hogar. El incomparable Godwin, su filósofo y suegro, lo abrumaba pidiéndole dinero y hubo de responderle:

«Mary no tiene dinero; si lo tuviera, la desdichada, se lo daría todo a Ud. Un padre semejante, quiero decir, un genio como Ud., debe tener otros temas que tratar con su hija e interceptaré sus cartas que traten de la cuestión financiera». Ariel se ponía duro.

Mary inquieta por su padre, Clara por su esposo, se exasperaban la una a la otra y la admiración común hacia el único hombre de la casa constituía un obstáculo para su mutua inteligencia. Mary hacía lo posible por que Clara se sintiera de más: ésta acabó por resignarse y aceptó un puesto de institutriz en Florencia.

XXVI

El 16 de Septiembre de 1820, Hoppner escribió a Lord Byron una larga carta refiriéndole las noticias del hogar de los Shelley que le había comunicado Elisa, la sirvienta de confianza. Clara habría tenido un hijo de Ariel, en Nápoles, en gran secreto, y las disensiones serían continuas entre los esposos y la cuñada, al punto de injuriarse groseramente por los más fútiles motivos. Byron creyó toda la historia y, aunque había prometido el secreto a Hoppner, la primera vez que vió a Shelley se la refirió y le mostró la carta del Cónsul. Percy transmitió inmediatamente el recado a su esposa, rogándole que escribiera a

Hoppner para deshacer la atroz calumnia. Mrs. Shelley lo hizo así, con lágrimas y protestas del alma.

No obtuvo respuesta.

Entre tanto, Allegra residía en un convento de Ravena, aprendía una cantidad prodigiosa de oraciones, soñaba con el paraíso y recitaba letanías de santos. Esta educación le gustaba a su padre.

Byron vivía con esplendidez. La Guiccioli lo había regenerado y tenía de nuevo el rostro fresco y radiante de juventud. Su mismo sirviente, Fletcher, engordaba, como engorda, la sombra. En la escalera de mármol ocho enormes perros, tres monos, cinco gatos, un águila, un papagayo y un halcón se armaban querellas. Las pesebreras encerraban diez caballos.

Cuando se dispuso a movilizarse con todo este equipaje, hubo en Pisa la agradable agitación que causan los soberanos en viaje. Mary le arrendó la más bella casa de la ciudad, el palacio Lafranchi y la puso en estado de recibir a su ilustre huésped. Luego llegó la Guiccioli, con su padre, el conde Gamba, y los Shelley los recibieron. Esa italiana linda y sentimental les encantó.

Por fin, apareció don Juan en persona. Toda Pisa había salido a las ventanas para ver pasar el demonio inglés con su cortejo. El desfile merecía verse: cinco carruajes, siete criados, nueve caballos, perros, monos, pavos reales e ibis. Los Shelley temían por la impresión que causaría su palacio; pero le gustó. Byron declaró muy hermosa esa residencia medio-eval. Era del siglo XVI; pero el noble Lord mezclaba siempre los estilos. Sobre todo las bodegas húmedas y sombrías le parecieron muy románticas. Las bautizó subterráneos y calabozos, hizo descender cojines y se instaló en ellas para dormir.

Desde su llegada, Byron fué el centro mundano del pequeño círculo de Pisa, Shelley siguió siendo el centro moral. Iban donde Byron por curiosidad, por admiración. Donde Shelley, por simpatía. Shelley se levantaba temprano, leía hasta las doce, Goethe, Spinoza, Calderón; después se iba a los bosques y en la soledad de los pinos trabajaba hasta la noche. Byron se levantaba a medio día, almorzaba sobriamente, paseaba a caballo y tiraba al blanco. De noche visitaba a su querida, regresaba a las once, se ponía a trabajar a veces hasta las dos y tres de la mañana.

La colonia inglesa lo buscaba. Los más puritanos no pudieron resistir mucho a un lord auténtico que les llevaba a tierra extraña un tan delicioso compendio de todas las vanidades británicas. Su deseo de escandalizar ¿no demostraba por lo demás el respeto más ortodoxo? La indiferencia es una ofensa, el desafío un homenaje. ¿No se veía que no podía vivir sin salones que visitar, mujeres que seducir, comidas que ofrecer? Todo el mundo fué muy indulgente con él, menos cuando quiso imponer a Shelley. Lo resistieron con obstinación. Shelley se aburría en sociedad y no lo disimulaba. Su moral, se decía que prefería el espíritu a la letra, que creía más en la redención que en el pecado original. La fe en la perfectibilidad del hombre es la más imperdonable: obliga a tener voluntad. La frivolidad la olfatea desde lejos y la persigue. Las mujeres realmente distinguidas trataron a Shelley como sospechoso.

El se burlaba; pero Mary quería que la invitaran. Una Mrs. Beckett ofrecía bailes «por estar afligida—decía Byron—por una carga de siete hijas, todas en la edad en que esos animales deben danzar para ganarse la subsistencia». Era una idea fija de Mary asistir a una fiesta de Mrs. Beckett. «Todo el mundo asiste»—decía. «¡Todo el mundo!» y Shelley miraba al cielo. «¡Todo el mundo! ¿Cuál es ese monstruo mitológico? ¿Lo has visto?» Para complacer a «todo el mundo», asistió a un servicio del pastor anglicano; pero predicó en contra los ateos mirándola con tal insistencia, que a pesar de todo su ardor conformista no creyó digno volver a la iglesia.

Para consolarse de estas pequeñeces, Shelley se refugiaba en casa de los Williams. Amaba a Jane, como en otro tiempo a Mary, a Harriet...; pero ya sin esperanza y casi sin deseo. Ella se prestaba a este juego romántico y acariciándole la frente lo libraba de los malos pensamientos.

• • •

Los Williams hablaron a Shelley de un amigo, Trelawny, que deseaba conocerlo y poco después fueron a hacerle visita en su compañía. Timido, ruborizado, Shelley entró en el salón de su casa y estrechó calurosamente las manos de Trelawny, que lo miraba con sorpresa, no pudiendo creer que esa cara femenina fuera la del hombre aborrecido como un monstruo en Inglaterra y privado por el Lord Canciller de sus derechos paternos.

—¿Qué libro lee?—le preguntó Jane.

—El Mágico Prodigioso de Calderón, repuso.

—Oh! léanos...

Encantado, Shelley empezó a traducir en voz alta con una perfección de forma y una seguridad de expresión tales, que Trelawny quedó aun más sorprendido.

Terminada la lectura, levantó la vista y no diviso al lector, preguntó:

—¿Pero dónde está?

—¿Quién, Shelley? Ah! es como los espíritus: se evapora.

Al otro día, visitaron a Byron. Vestíbulo de mármol, escalera gigantesca, lacayos, perros. Trelawny, como todo el mundo, encontró que Byron tenía toda la apariencia del genio; pero su conversación le pareció extrañamente banal. Parecía incómodo, representando un papel antiguo: contaba historias de borrachos, de boxeadores, de actores e insistía mucho en que había cruzado a nado el Helesponto.

A las tres salieron a caballo y se entretuvieron en tirar al blanco. Trelawny vió con agrado que Shelley, a pesar de su aspecto femenino, tiraba como un hombre. Al volver, hablaron de literatura, de rimas ricas y Trelawny citó dos estrofas de Don Juan, conquistándose el aprecio de Byron que se puso a trotar a su lado y le dijo:

—Vamos, confiese Ud. que me creía un Timón de Atenas y está sorprendido de encontrarme hombre de mundo, dispuesto a reirme de todo...

• • •

Trelawny regresó en compañía de Shelley y Mary.

—¡Qué distinto es Byron—dijo—de lo que se esperaría! No tiene nada de misterioso, habla libremente, dice cosas que más valdría callar. Prece celoso e impulsivo como una mujer y talvez más peligroso.

—¡Mary!—dijo Shelley—Trelawny ya ha desenmascarado a Byron. ¡Qué tontos hemos sido! ¡Cuánto tiempo nos ha costado!

—Es que—repuso Mary—Trelawny vive con los vivos y nosotros con los muertos.

XXVII

Marino, aventurero, hombre de acción, Trelawny llegó a Pisa dispuesto a admirar a los grandes hombres y luego fué objeto de viva admiración de parte de ellos. Cierlo que a sus espaldas Byron decía:

—Si le enseñáramos a lavarse las manos y no mentir haríamos de él un «gentleman».

Pero lo trataba con gran respeto. Como todos los artistas, Byron y Shelley sólo creaban bellas formas para consolarse de no poder *vivir*. Y el hombre de acción se les aparecía como un fenómeno extraño, envidiable.

Shelley lo consultaba sobre términos náuticos y dibujaba con él, sobre las arenas de las riberas del Arno, quillas, velas y cartas marinas.

—Erré mi destino—decía—Debí ser marinero.

—No puede ser marino un hombre que no fuma ni blasfema—respondía Trelawny.

Byron, corsario de imaginación, habría querido que el corsario verdadero le enseñara las costumbres de la profesión y en su presencia se esforzaba por demostrarse audaz y cinico. Trelawny, que advirtió su influencia, se propuso utilizarla en favor de Shelley.

—¿Por qué no habla Ud. en sus obras de Shelley—dijole un día—como lo ha hecho con otros de menos talento?

Byron recibió mal la insinuación:

—Todos los oficios tienen su secreto—repuso—y si elogiamos a un autor popular nos paga en la misma moneda. ¡Pero Shelley! ¿Quién lo lee? Por lo demás, si renunciara a la metafísica no necesitaría ayuda de nadie.

—Pero ¿por qué sus amigos lo tratan mal? Ni siquiera lo saludan en su casa...

—Es que no es cristiano.

—¿Y ellos?

—Pregúnteselo.

—En cuanto a mí—dijo Trelawny—si encontrara al diablo en su casa de Ud. lo trataría como a uno de sus amigos.

El peregrino lo miró severamente para ver si la comparación era intencio-

nada; luego acercando su caballo, murmuró a su oído con un aire de tenor y respeto perfectamente simulado:

—El Diablo es de estirpe real.

• • •

Con los Williams, Trelawny hablaba francamente:

—Se diría que Byron envidia a Shelley, a pesar de que su editor tiene que llamar policía cuando aparece un nuevo canto de Childe-Harold, mientras a Shelley no lo lee nadie; Byron tiene la fortuna, la nobleza, el amor y la gloria...

—Sí—respondía Williams—pero Byron es el esclavo de sus amores y de cualquier mujer un poco resuelta. Shelley, es su cáscara de nuez, se atraviesa en la corriente de Arno y la corriente no se lo lleva. Tiene ideas firmes y doctrinas. Byron, no. Lo sabe y no le perdona a su amigo su firmeza. Vea con qué tono triunfal habla de las desdichas de Shelley...

—Byron—dice Jane—es un niño regalón. No ama a los hombres. Shelley los ama demasiado. Ninguno los conoce.

—Lo terrible—añadió Trelawny—es que Shelley carece del instinto de conservación en absoluto. El otro día se lamentaba de no saber nadar, mientras yo me bañaba en el Arno.—Ensaye—le dije—poniéndose de espaldas. Se desnudó, se tiró al agua, se puso de espaldas y se fué al fondo. No se movía. Si no lo saco, se ahoga.

Jane suspiró: no ignoraba que la idea del suicidio obsesionaba al poeta.

—Pero no parece desdichado.

—Porque se refugia en los sueños. En la realidad, sus libros sin lectores, su hogar imperfecto, su impotencia para influir... ah! la vida debe parecerle una pesadilla!

—Cree en una existencia futura—decía Trelawny.—Los que lo creen ateo lo desconocen. Ya renegó de la filosofía francesa del siglo XVIII. Platón y Dante han vencido a Diderot. Pero no se retracta... Yo le preguntaba:—¿Por qué se dice ateo? Lo perjudica tanto en sociedad... Y me ha contestado: Es un diablo de cartón para asustar a los imbéciles.

Así discurría el coro unánime y talvez no veían que su adoración por Shelley provenía en gran parte del fracaso temporal de éste. Al hombre le gusta más admirar lo que compadece que lo que envidia. Encuentra en el espectáculo de un fracaso inmerecido agradables argumentos para explicarse su propia suerte. Y la mezcla de la admiración y la piedad constituye una de las más seguras recetas para producir el afecto. Los Williams y Trelawny habrían necesitado mucho más modestia para amar al brillante Byron como amaban al pobre Shelley.

• • •

Mientras los discípulos hablaban del maestro ausente, él trabajaba en el bosque de pinos que rodea a Pisa. Allí, el viento del mar había derribado un

grande árbol sobre un estanque y en ese tronco suspenso sobre la ribera, como un pájaro salvaje, había formado Shelley su nido. Desde lejos se divisaba su antro, sembrado de hojas de papel esparcidas por el suelo con estrofas inconclusas.

Cuando en su ensueño olvidaba la hora de comer y su propia existencia, Mary iba a buscarlo. Trelawny la acompañaba; se había constituido en el caballero de esa mujer abandonada y le hacía una corte de pirata que la divertía mucho. Fatigada, solía sentarse a la entrada del bosque y Trelawny partía a caza del poeta. Un día lo encontró tan absorto en su visión lejana que no se atrevió a despertarlo sin haber llamado antes su atención haciendo sonar las hojas secas y quebrando ramas de pinos. Recogió un Esquilo, un Shakespeare, luego un papel garabateado: «A Jane, con una guitarra...» Pero sólo pudo descifrar dos versos:

Ariel to miranda. Take this salave
of music...

—Eh! ¿Esta es su sala de trabajo?

—Sí. Y los árboles mis libros. Al componer, necesito mi atención y las puertas, las campanillas, los pasos me disuelven mis visiones.

—Aquí están el río, los pájaros...

—El río corre como el tiempo y los sonos de la naturaleza apaciguan. Sólo el animal humano es disonante y me incomoda. Oh! qué difícil es concebir por qué estamos aquí, perpetuos tormentos los unos para los otros!

Trelawny le recordó que su mujer lo esperaba. Se levantó de un salto, suspirando:

—Pobre Mary! No puede soportar la soledad ni yo la compañía... Una viva uncida a un muerto.

Y partió con su paso rápido, deslizante, de espíritu de los bosques.

XXVIII

Byron había prometido llevarse a Allegra a Pisa; pero no lo hizo y Clara que llegó de Florencia a verla, tuvo terribles presentimientos al saber que su hija estaba en el convento de las monjas de Bagna-Cavallo, antihigiénicas y duras. Se lo escribió a Byron, le prometió no verlo nunca más, ni a él ni a la niña, si se la llevaba a algún buen colegio de Inglaterra; pero don Juan se mostró indiferente e inflexible. La desesperación de Clara llegó a tal punto, que Shelley se la llevó a la costa, con los Williams.

Allá mandaron construir un yatch, que bautizaron Don Juan, en honor de Byron, el cual, por su parte, encargó otro mayor, que llamó Bolívar. Los dos se consideraban ya señores del Mediterráneo. Sus mujeres detestaban semejante diversión.

Poco después, Shelley recibió carta de Byron. Allegra había muerto. Se declaró una epidemia y las monjas no tomaron ninguna precaución.

Temerosos de que Clara cometiera alguna violencia si estaba cerca del poeta, se la llevaron lejos para anunciarle la terrible noticia. Su dolor no tuvo límites. Escribió al padre una carta atroz. Byron repuso que haría grandes funerales. Resolvió enterrar a su hija en Inglaterra, en una iglesia de Harrow, con esta lápida:

A LA MEMORIA DE ALLEGRA

hija de Jorge Gordón Lord Byron, muerta
en Bagna-Cavallo, el 20 de Abril
de 1822, a los
cinco años y seis meses de
edad.

«Iré a ella, pero ella no ven-
drá nunca a mí...»
(*Samuel, XIII-23*).

El vicario de Harrow encontró inmoral admitir una hija ilegítima y resolvió sepultarla fuera de la iglesia, sin inscripción alguna.

Byron visitó después el Convento de Bagna-Cavallo y escribió una hermosa poesía sobre el tema de la muerte de su hija, a quien nunca fué a ver.

Shelley y sus amigos habitaban juntos Casa Magni, cerca del mar. Mary, de nuevo en cinta, sufría mucho y tenía pequeñas rencillas con Jane a propósito de los criados y de las cacerolas. Su esposo la compadecía sinceramente; pero no remediaba nada. Seguía tan ignorante como siempre de la realidad.

Todos los meses iba a Livourne a recoger sus rentas. Volvía con un saco lleno de monedas que vaciaba en el suelo, de un golpe. Luego, con las tenazas de la chimenea, formaba tres montones: uno para los gastos de la casa, otro para Mary, otro para él. Este último, a pesar de sus promesas, iba a parar casi íntegro a manos de Godwin, de Clara, de los Hunt, de cualquiera.

Un día Mary había invitado a comer a Casa Magni a dos personajes ingleses notables, deseosos de conocer al poeta. A la hora de comida, Shelley no había aparecido y se sentaron a la mesa sin él. De pronto una de las señoras lanza un grito:

—Oh! bondad divinal

Mary, volviéndose, divisó a Shelley completamente desnudo que atravesaba el comedor disimulándose detrás de la sirvienta.

—¡Percy, es posible!

Fatal imprudencia: sintiéndose acusado injustamente, Shelley abandonó su refugio y se acercó a la mesa para disculparse. Las señoras se tapaban el rostro con las manos. Sin embargo, estaba encantador, con los cabellos llenos de al-

gas, el cuerpo frágil y húmedo, perfumado de sales marinas. Pero a Mary le horrorizaban esos incidentes.

• • •

Shelley y los Williams esperaban con impaciencia de niños el arribo del yatch. Después de la muerte de Allegra, escribieron a Génova para que le quitaran el nombre de Don Juan y le pusieran Ariel. Todo lo de Byron les causaba horror. Su sorpresa y su cólera no tuvieron límites cuando llegó el pequeño navío y leyeron en sus velas: «Don Juan», en letras enormes. Byron, informado del cambio, ordenó que mantuvieran el sello diabólico en la barca platónica. Con agua tibia, jabón, brocha, Shelley y Williams trabajaron por lavar de infamia la tela. Fué inútil. Ensayaron ácidos. Nada. Consultados algunos especialistas, dijeron que sería necesario cortar el pedazo y recoserlo. Así se hizo.

El capitán genovés que llevó la barca la encontraba buena, rápida, pero difícil de manejar con mal tiempo. Williams y Shelley, entusiastas incompetentes, habían impuesto un modelo regio cuya línea elegante les encantaba y se necesitaron dos toneladas de plomo para equilibrarlo. Aun así era inseguro.

Los propietarios de Ariel querían tripularlo con un solo grumete. Williams había estado tres años en la Marina inglesa; Shelley, torpe, pero con buena voluntad, pretendía secundarlo. Se enredaba en los cordajes, leía a Sófocles teniendo la barra del timón, a cada instante resbalaba sobre cubierta, estaba a punto de caer al agua. Trelawny les aconsejó que contrataran un buen marinero, conocedor de la bahía. Williams se sintió muy ofendido. Era capitán y tenía a Shelley.

—¡Shelley! No hará nada mientras no se corte los cabellos, no tire los trágicos griegos por la borda y no meta los brazos hasta el codo en un tonel de alquitrán.

El Ariel, por exceso de calado, no podía acercarse a la playa. Construyeron una minúscula canoa de madera y tela de buque, ligera cáscara, juguete delicioso. Una tarde Shelley invitó a Jane a pasear en la navecilla con los niños.

—Con un poco de precaución habrá sitio para todos—dijo.

Ella se apelotonó al fondo. Los bordes bajaron casi a flor de agua. Un movimiento brusco y naufragaban. Pero pensó que sólo irían por la orilla. Encantado del paseo, Shelley lució su habilidad de remero alejándose de la ribera y luego estuvieron a la distancia. Allá el poeta cayó en profundo ensueño. Jane, aterrada, le dirigió suavemente algunas preguntas. No respondía. De pronto, levantó la cabeza, como iluminado y dijo:

—Vamos a resolver juntos el gran misterio.

Si Jane hubiera gritado, ella y sus hijos se perdían. Shelley habría hecho un movimiento brusco. Ligera, alegre, repuso:

—No, gracias; querría comer antes y acostar a los niños.

Como Shelley insistía, ella, sintiendo pasar el ángel de la muerte, agregó:

—Además Ud. no ha escrito las palabras del himno indio que me prometió.

Este argumento convenció al marino y remó hacia la playa. En cuanto se vió cerca de la arena, Jane saltó con sus niños tan aprisa que la canoa se dió vuelta y quedaron debajo.

—Jane ¿estás loca?—dijole su marido.

—No, al contrario. ¡Buena escapada! Ah! es un sepulcro horrible... Nunca más pondré los pies en él. Resolver el gran misterio... El más grande de todo es el mismo... Querría irme; vivo en continuo terror.

Pero el rostro infantil del poeta parecía radiante e inocente. Nada perturbaba su dicha en aquella tarde de otoño. Gustábale, por las noches, navegar en el Ariel al claro de la luna. Mary, sentada a sus pies, la cabeza entre sus rodillas, recordaba que diez años antes habían cruzado así el canal de la Mancha. ¡Qué de acontecimientos desde entonces! ¡Y cuánto más sutil, y más traidora era la vida de lo que ellos habían imaginado!

Sentada a popa, Jane cantaba una serenata indú en su guitarra. Shelley miraba al cielo apacible de Junio, las franjas brillantes de las nubes bajo la luna, Su carne se disolvía en los perfumes tibio de la noche. Era un vapor extático, una voz deliciosa. Dejando la tierra por las formas fluidas y puras de sus sueños, se sostenía en los espacios gracias a la música divina, a los vapores transparentes, a los impalpables fantasmas. Sabía la existencia de otro universo, rudo e inflexible; pero en las altas regiones por donde bogaba sólo existía la dulzura ondulante, el canto líquido e invisible; el movimiento de las esferas luminosas, y nada, nada, ni celos de mujeres, ni querellas políticas, ni pequeñeces de dinero podían perturbar su increíble dicha.

EPÍLOGO

Hacía tiempo que Shelley quería llamar a Italia a sus amigos Hunt, a quienes sus acreedores y sus enemigos políticos perseguían en Inglaterra. Les ofreció pagarles el viaje; pero como sus recursos no le permitían costearles la subsistencia—eran siete personas—consiguió con Lord Byron que fundaran un diario liberal y alojara a la tribu en el piso bajo de su palacio de Pisa.

A principios de Junio de 1822 llegaron a Livornia. En el puerto los esperaban Shelley y Williams en el Ariel y Trelawny en el Bolívar. Debían regresar inmediatamente; pero retardaron el viaje y en la mañana del 8, Shelley resolvió embarcarse con Williams y un grumete.

El capitán Roberts les pronosticó mal tiempo y a poco de haber zarpado estalló, efectivamente, la tempestad.

Al otro lado del golfo las mujeres esperaban inquietas. Llovía sin cesar. Y pasaron así el Lunes, el Martes, el Miércoles. Ese día el patrón de una barca les dijo que el Ariel había partido tres días antes. No le creyeron. En la tarde llegaron cartas, una de Hunt para Shelley:

«Díganos cómo ha llegado, porque había tan mal tiempo el día de su partida que no estamos tranquilos...»

La carta se le cayó de las manos a Mary, Jane la recogió y dijo:

—Todo está perdido.

Cinco días más tarde se encontró en la playa de Viareggio un cadáver horriblemente mutilado por los peces. Llevaba en los bolsillos un tomo de Sófocles y otro de Keats, todavía abierto, como si el lector, sorprendido por la tempestad, lo hubiera metido allí precipitadamente.

• • •

Mary quería que enterraran a Shelley en el cementerio de Roma; pero los reglamentos sanitarios no lo permitían y Trelawny sugirió la idea de quemar los cadáveres en la playa, al modo de los antiguos griegos, Byron fué llamado para presenciar la ceremonia fúnebre.

Desenterraron los cuerpos de su sepulcro de arena y los arrojaron en una gran pira hecha de pinos. El calor hacía temblar el aire. Al cabo de tres horas, el corazón de Shelley, de un tamaño enorme, no se había consumido aun; Trelawny, mediante unas tenazas, recuperó esa reliquia. El cráneo se abrió por sí solo y dentro la masa encefálica hervía como en una caldera.

Byron no pudo soportar el espectáculo. Se quitó la ropa, echóse al agua y nadó desnudo hasta el Bolívar, anclado en la bahía. Trelawny recogió las cenizas y los huesos blanqueados y los depositó en una urna de encina forrada en terciopelo negro.

• • •

¿Cuál fué la suerte de los personajes de esta historia?

Sir Timothy Shelley vivió hasta los 90 años y fijó una pequeña pensión a Mary, a condición de no publicar las poesías de su esposo mientras viviera el baronet.

A su muerte, Percy Florence heredó la fortuna y el título.

La desdicha unió a las dos viudas, Mary y Jane. Vivieron juntas en Italia y en Londres. Los amigos de sus maridos eran tan fieles que Trelawny pidió la mano de Mary y Hogg la de Jane. Mary rehusó, alegando que encontraba demasiado hermoso el nombre de Mary Shelley. Jane aceptó; pero en el momento del matrimonio confesó que nunca había sido casada con Williams y tenía un marido, en alguna parte, en las Indias, lo cual no fué obstáculo para que ambos vivieran juntos, en perfecta armonía, sin mayor ceremonia.

Clara se quedó en el continente y fué institutriz en Rusia. A la muerte de sir Timothy, heredó una importante suma que le había legado Shelley y que le sacó de la miseria.

Mientras avanzaban en años, las tres mujeres tenían frecuentemente rencillas a propósito del muerto. Jane pretendía que durante los últimos meses, en Pisa y

Casa Magni, Shelley no la había amado sino a ella. Mary se fastidió y dejaron de visitarse.

Clara preparaba un libro para demostrar, con los ejemplos de Shelley y Byron, como era necesario para la felicidad tener sobre el amor ideas vulgares; pero se le trastornó un poco la cabeza y hubo de reposar mucho tiempo. Vivió en Florencia y se convirtió al catolicismo.

Hacia 1879, un joven que buscaba documentos sobre Byron y Shelley le hizo una entrevista. En cuanto pronunció aquellos dos nombres, vió aparecer entre las arrugas de la anciana señora una de esas sonrisas de muchacha, límidas y llenas de promesa que la habían hecho encantadora a los veinte años.

—Vamos—dijo—Ud. creerá, como todos, que yo amé a Lord Byron.

Y como él la mirara sorprendido:

—Amigo—agregó—llegará un día en que Ud. conocerá mejor el corazón de las mujeres. Byron me deslumbró; pero nunca lo amé. Habría podido amarlo; pero no fué así.

Hubo un largo silencio.

—Entonces, señora ¿Ud. no ha amado nunca?

La anciana enrojeció y bajó la vista.

—¿Shelley?—murmuró él con voz imperceptible.

—¡Con toda mi alma y todo mi corazón!—dijo la señora, apasionadamente, sin levantar los ojos.

Luego, con encantadora coquetería, le dió una palmada en la mejilla.

ANDRÉ MAUROIS.